

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 478

BARCELONA

DICIEMBRE 1970

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



NADALA

Mentres el Jesuset naixia
en el portal de Betlem
l'hivern ha tret florida
celebrant son naixement.

Pels estels d'una llum pura,
els angelets van cantant
i anuncien la ventura
arreu del món expectant.

La natura se'ns desvetlla
en aquesta santa nit,
canta l'àngel de l'estrella,
canta el pastor un cant bonic;

canta gentil el pinsà
i canta la cadenera,
i quina alegria hi ha!,
tothom canta a sa manera.

L'espígol fa florida,
també la fa el romani,
la farigola més fina
va perfumant el camí.

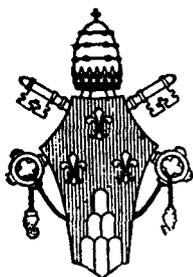
Tenim també el rabadà,
el que guarda la ramada,
que junt amb la seva aimada
una cançó vol cantar.

A n'el noiet de la mare
que a la nit ha nascut,
saludar-lo jo voldria
dient-li: «Sigueu ben vingut».

I també li pregaria
una mica commogut,
em fos llum i guia
com també el meu escut.

I després d'un bon Nadal,
ple de pau i benestar,
donareu a cadascú
un bon Any setanta-u.

JOAN D'ORDAL.



UNA ESPERANZA VERDADERA

En el encuentro con los que me escucháis y los que están alejados para el intercambio del saludo augural de la Navidad y Nos que somos testigo de que Cristo ha venido a la tierra, se levanta en nuestro espíritu, como también ciertamente en el vuestro, una pregunta acuciante, que atañe totalmente a nuestra misión apostólica, y sacude desde los fundamentos a vuestra conciencia de hombres de nuestro tiempo. Es la pregunta que nos hacemos a todos: ¿puede hoy todavía el mensaje evangélico corresponder a la capacidad receptiva del hombre contemporáneo? ¿Puede captarlo? y sobre todo ¿puede constituir la salvación, la plenitud y el gozo de las nuevas generaciones?

Nos nos hemos planteado continuamente esta fundamental cuestión durante nuestro viaje a los lejanos países, ante las multitudes innumerables, festivas y curiosas, y todas secretamente ávidas de recibir de Nos una palabra reveladora, una palabra liberadora, una palabra de orientación. Y la respuesta surgía espontánea de la interior certeza de nuestra fe: Sí, tenemos esta palabra vital, perennemente nueva, porque tenemos el Evangelio, tenemos a Cristo. Y se repite en Nos esta respuesta con la exuberante seguridad, que se convierte en anuncio pleno de la fuerza del Espíritu y de la esperanza profética para vosotros que nos escucháis y para todo el mundo: El Niño del cual conmemoramos el nacimiento en la historia de la humanidad, Jesús, Hijo de María la Virgen, y también el Hijo de Dios vivo, y el Mesías, y el Cristo, y el Salvador, del que dependen todos los destinos humanos; dependen porque Él los ha vinculado a Sí de un modo misterioso de infinito amor; nuestra suerte está ligada a la Suya.

Nos queremos hoy alzar la voz y hacerla sentir en el fondo secreto de cada conciencia individual en el cuadro inmenso del mundo contemporáneo: Cristo es la verdad que buscamos, Cristo es la vida de la que tenemos necesidad.

Pero he aquí que nos asalta un íntimo temor, una duda dramática: ¿quién nos escuchará?, ¿quién nos entenderá? No se repetirá en nuestros días el choque del destino divino con la sordera de tantos hombres, como dice el Evangelista Juan, citando al profeta Isaías: "Señor, ¿quién ha creído nuestra palabra? y el brazo del Señor ¿a quien ha sido revelado?" (Io. 12, 38; Is. 53, 1; Rom. 10, 16). Porque la dificultad

para comprender a Cristo como principio y como causa de salvación es siempre actual; un mundo habituado a medir la verdad de la vida según la escala de valores temporales, ¿cómo puede acoger un maestro, un *leader*, que no sólo Él es humilde, débil y pobre, sino que predica para todos la humildad, la benignidad y la pobreza y que hace del sermón de la montaña en el cual los pobres, los mansos, los puros, los que lloran, los misericordiosos, los que tienen hambre y sed de justicia, los perseguidos son declarados dichosos, y esto es el programa del nuevo Reino?, ¿un Reino sellado con el blasón de la cruz y fundado sobre la ley del morir para vivir, del deber, o sea del sacrificio?, y, además, ¿cómo puede acoger a Cristo y simpatizar con Él este nuestro mundo de hoy, tan profano, tan secularizado tan alérgico a cuanto se manifiesta revestido de carácter sacro y relacionado con el mundo trascendente y religiosos?

HACER DEL MUNDO UNA FAMILIA ÚNICA

Sin embargo esta-mos seguros de no osar proponerlo en vano. La paradoja de un Cristo pequeño, inerte y crucificado, pero luminoso del Verbo de Dios, que es Él, lleno de gracia y de verdad y redivivo en la victoria de la resurrección, se resolverá también en nuestro tiempo, en un maravilloso acto de fe, que puede descubrir en Él, en Cristo, aquel que se ha inclinado desde el cielo sobre la tierra, se ha hecho hermano de todos y se ha bajado al nivel de la humanidad ínfima y sufriente, se ha juntado con los rebeldes a la hipocresía y a la injusticia, ha inspirado sentimientos de bondad y de amor en los corazones lacerados de los hombres, y sale al encuentro de los hombres del progreso moderno, informados de todo, provistos de todo, capacitados para todo, pero ignoros y errantes sobre las razones supremas de la vida e inepetos para conquistar la plenitud de la felicidad; y a éstos ha dicho sencilla y solemnemente: Yo soy el camino, la verdad y la vida; ¿qué más queréis?

Queremos ser liberados de las ilusiones, de las frustraciones, de las injusticias, de las represiones, a las que el mundo moderno, faltando a sus promesas, nos ha sometido, dicen los jóvenes, dicen los desheredados, dicen los autómatas del tecnicismo moderno;

queremos ser personas libres, hombres veraces, gente rescatada del hambre y de la espiral de una incurable inferioridad. Sí, responde el Hombre de los hombres; venid a Mí todos los atribulados y yo os consolaré; Yo estoy con vosotros; pero con la fortaleza del espíritu, no con la violencia de la fuerza y de la pasión; sólo la sabiduría liberará al mundo.

Queremos hacer del mundo una familia única, dicen los sociólogos y los políticos; todo nos lleva a derribar las fronteras que separan las Naciones para reducir las a simples defensas de los valores propios de todo pueblo y de toda cultura, pero no obstáculos a la comunicación actualmente de dimensiones mundiales, y mucho menos en baluartes para instalar los nuevos y formidables instrumentos de guerra y de destrucción. Sí, responde el Maestro; pero vosotros debéis desintoxicaros del veneno secular que lleváis en la sangre del egoísmo y del odio, del exclusivismo y del orgullo y de los intereses personales y de clase, y venir a mi escuela donde se enseña a ver en todo hombre un hermano, no un rival, no un enemigo; a mi escuela que hace humanos los corazones, sensibles al mal de otro, cuidadosos, respetuosos de la dignidad de los demás. Yo soy el Maestro de la hermandad y de la amistad; yo soy el vínculo de la unidad superior, porque soy el manantial de la caridad, del amor que tiene a Dios por principio, por energía y por término; en Mí todos podéis y debéis ser una sola cosa, la humanidad redimida y reconciliada con sí misma y con Dios el Padre de todos.

EL MAESTRO DE LA HERMANDAD Y DE LA AMISTAD

Queremos aún, imploramos, tal vez con desesperada angustia, a los hombres de hoy que tengan una esperanza verdadera, una esperanza, que no muere con el tiempo, una esperanza que asegura las nativas aspiraciones del corazón, tanto más dilatadas y exigentes cuanto más el hombre de hoy es culto y progresivo, una satisfacción real y total. Sí, responde todavía Cristo, Yo soy el Pan de la vida; quien coma de este Pan tendrá vida eterna.

Es el pequeño Niño de Belén que difunde hoy su silencioso pero irresistible mensaje. ¿Quién lo escuchará? ¿Quién lo acogerá?

Vosotros pobres, vosotros sufrientes, vosotros prisioneros, vosotros prófugos, vosotros extraviados en las tinieblas del mal, sed los primeros candidatos a esta escucha.

Y no menos vosotros, jóvenes inquietos e impacientes de nuestros días, pero más deseosos y más idóneos para suscitar una sociedad nueva en cuyos valores morales y espirituales tenéis los primeros lugares.

Cómo, pues, vosotros, investigadores, pensadores del mundo científico; vosotros, operarios del mundo económico y político, ¿no os dáis cuenta de las mismas sombras que se proyectan pavorosas ante vosotros que tenemos a Cristo a la espalda?

Así os anunciamos a Cristo en este año; y es éste el sentimiento del augurio que a vosotros y a todo el mundo dirigimos deseándoos una feliz Navidad.

Paulo VI, Mensaje de Navidad, 1970

FUERA DE JESUCRISTO NO HAY VERDADERO PROGRESO

Fuera de Jesucristo... no solamente irán en descenso los elementos del progreso humano, en la misma proporción de su elevación en dignidad, sino también se harán la guerra y se destruirán mutuamente. El progreso material, el menos noble de todos, arrastrará consigo infaliblemente la decadencia moral; el hombre perderá en el espíritu lo que gane respecto de la naturaleza física, y los mismos enemigos de Jesucristo se verán forzados a deplorar esta degradación cuya causa principal es su hostilidad contra el Hombre-Dios.

Desde que dejamos este Divino Mediador, nos desaparecen todas las condiciones del progreso; no estamos de acuerdo ni sobre el fin a que hemos de atender, ni sobre el camino que debemos seguir. Perdemos, en trazar teorías sobre el progreso, el tiempo de la vida que debería emplearse en realizarlo. Disputamos sobre esas vanas especulaciones en vez de ayudarnos mutuamente en una acción fecunda, y nos apartamos del verdadero progreso tanto más cuanto más continuamente tenemos en nuestra boca su nombre.

ENRIQUE RAMIÈRE

"Las Esperanzas de la Iglesia"

¿APOTEOSIS O RUINA DE LA IGLESIA?

San Pablo habla de los profetas. Hoy hay profetas para todo. Los tiene el marxismo, con su mesianismo materialista; los tienen las diferentes teorías económicas, cada una con su panacea y su esperanza. Lo mismo sucede en sociología, en arte o en religión.

Tales afirmaciones proféticas parten de un supuesto lógico: dadas unas premisas intuir o deducir las adecuadas consecuencias; actúan a manera de examen de conciencia. Las premisas pueden ser contrapuestas. La profecía consiste pues, en parte, en una voz de alerta, de aliento y de esperanza de cada una de tales posiciones. Y es natural que así sea. La libertad ofrece infinitas posibilidades y soluciones. Diferentes alientos abren cauce a posibilidades contrapuestas. La voluntad humana es una fuerte determinante de la Historia. La profecía materialista da aliento o impulso al materialismo. Las profecías en favor de la Iglesia aspiran a servirla. Es éste el sentido que da San Pablo a la palabra: “el que profetiza — dice —, a la Iglesia edifica”; “el que profetiza a hombres habla edificación, exhortación, consolación”. Supone pues espíritu constructivo en un horizonte de aliento y esperanza. Están por tanto fuera de ese espíritu aquellas “proféticas” que en lugar de edificar a la Iglesia no hacen sino establecer como regla la arbitrariedad y la confusión.

En momentos de crisis las dificultades y circunstancias negativas fácilmente enturbian la esperanza, pero es preciso mirar más allá. Considerar sólo lo negativo es privar al juicio de equilibrio y objetividad. Lo positivo es infinitamente más poderoso que todo lo negativo. Cristo tenía todos los dones y todos los carismas. Cristo profetizó. ¿Dudará alguien de que las profecías de Cristo hayan de cumplirse totalmente? ¿Acaso ofrecen mayor motivo de credibilidad los profetas del envilecimiento individual?

* * *

Vivimos una de las mayores encrucijadas de la historia. Nuestra sociedad, la sociedad contemporánea, se está desintegrando. No aquí o allí, sino en el mundo entero. Desaparecen aquellos valores comunes que hacen que la convivencia fluya de un modo natural y sin violencia para nadie. El revisionismo todo lo alcanza; nada se salva de la crítica demoledora. El espí-

ritu anárquico y disolvente se encuentra latente en todas las células de nuestra sociedad. En esta pérdida de valores comunes, cada día más lo convivencia humana estará sujeta a la acción anárquica de todas las violencias discordantes, o a la acción despótica de una violencia que se imponga a todas. La libertad supone unos valores comunes de convivencia y una convivencia moral de los individuos, de las familias, para adaptarse espontáneamente a aquellos principios comunes: o represión interior o represión exterior.

Sin Cristo, la sociedad camina inexorablemente hacia el paganismo y en el paganismo a la esclavitud. Lo que durante siglos fue una tensión colectiva hacia la espiritualidad cristiana y hacia la libertad, hoy es una tensión más o menos disfrazada hacia el materialismo pagano y todas sus sujeciones. El pudor, la modestia, la abnegación, los valores del espíritu aparecen hoy para una creciente minoría como cosa trasnochada. ¿Para una creciente minoría? ¡En cuantos lugares la minoría es ya mayoría! “Cuando la represión interior desaparezca totalmente todos los despotismos serán pocos”, anunciaba Donoso Cortés hace ya 130 años.

Como signo de los tiempos que vivimos recordaré el comentario hecho por un ilustre escritor allá por los años 30 al regreso de un determinado país: “allí — dice —:

los frutos no tienen sabor,
los hombres no tienen honor
las flores no tienen olor
las mujeres no tienen pudor”.

Esta triste reflexión se va haciendo universal.

Antes he hablado de minorías desviadas, pero lo grave es que en nuestra sociedad con los medios actuales de difusión social y su capacidad de provocar el gregarismo colectivo, la influencia de aquellas minorías se proyecta en términos angustiosos. ¿Hasta dónde, Señor? Se crea un clima enrarecido en el que un simple mimetismo provoca el desmantelamiento de todas aquellas cautelas individuales y sociales que son prenda, estímulo y guía en el camino de la virtud.

Sólo “el espíritu vivifica”. Cuando desaparece el espíritu se produce la corrupción del cuerpo. También en la sociedad.

Pero no todo son tristes augurios en la hora presente sino también existen presagios de luminosa esperanza. ¿Son, éstos, dolores de muerte?, se preguntaba hace muchos años el P. Ramón Orlandis S.I., fundador y alma de "Schola Cordis Iesu". No — decía —, son dolores de alumbramiento de un mundo mejor.

El mismo Pío XII, que en 1952 en su Encíclica "Para un mundo mejor" proclama: "con grito de angustia damos la voz de alerta a una civilización que camina sin saberlo a un abismo de cuerpos y almas, pueblos y civilizaciones", el mismo gran Pontífice, digo, "saluda alborozado" — son sus palabras — esta nueva época que con los nuevos descubrimientos de la técnica puede permitir la liberación de servidumbres materiales, con la posibilidad de que una gran mayoría pueda ahora participar de aquellos valores de la cultura y del espíritu a que antes sólo podían llegar pequeñas minorías destinadas a ser semilla y levadura de las generaciones sucesivas. En el alborear de la cibernética ¡qué anchos horizontes para el espíritu del hombre! ¿Acaso no se han salvado siempre, a través de todos los avatares y tragedias de las sucesivas civilizaciones, las conquistas fundamentales de cada una de ellas en el arte, en las ciencias, en la progresiva toma de conciencia universal de la dignidad humana?

Hay en el hombre contemporáneo una mayor capacidad de reflexión y con los actuales medios de difusión, sus conocimientos podrán ser de día en día más profundos y universales.

Sólo por nuestra libertad y albedrío tienen merecimiento eterno nuestras acciones. ¡Qué duda cabe que una humanidad más consciente de sus problemas, de sus limitaciones, de su dignidad y libertad; con actitudes menos reverenciales respecto de otras, con más responsabilidad en sus decisiones para un mayor número; qué duda cabe que una humanidad así puede ser superior a la nuestra por ser más responsable en todo, más libre y consciente en su homenaje a Dios!

La Consagración de todo el mundo al Sagrado Corazón de Jesús — cuya conmemoración se ha celebrado recientemente en España —, se produce en los albores de esta nueva época, en 1890, cuando la civilización técnica ha dado ya los primeros pasos de gigante. La Consagración se hace no sólo del pueblo cristiano sino de toda la humanidad, tal y como sugiere una humilde religiosa que ha tenido revelaciones del Señor. Esta sugerencia, la somete León XIII a estudio de un gran teólogo, el Cardenal Mazella, el cual apoyándose en el Antiguo y el Nuevo Testamento y en Santo Tomás de Aquino, donde éste habla de la soberanía de Nuestro Señor, concluye que efectivamente todos los

hombres están sometidos a la potestad de Nuestro Señor; unos "en cuanto a la ejecución de su potestad", es decir que reconocen sus derechos y sus leyes y las acatan, y otros le están sometidos "en cuanto a la potestad", es decir que aunque no le reconocen y están fuera de su redil, no por esto dejan de ser súbditos suyos y, quieran o no, no por esto están dispensados de ir a Él.

Impresiona considerar este aspecto de la Consagración. La Consagración de "todo el género humano", ¿será sólo un capricho? Absurdo resultaría considerarlo así cuando se conoce la significación y alcance que le ha dado la Iglesia. Para León XIII: "el acto más grande de su pontificado". Y León XIII es uno de los Papas más grandes de la Historia. El aspecto universal de la Consagración es pues un nuevo presagio de esperanza.

Los afanes de perfección de los diferentes pueblos, su conocimientos de la divinidad, la vocación individual de eternidad se ha concretado en varias religiones y cultos más o menos rudimentarios que han adquirido con los años el vigor y prestigio de las instituciones seculares. Un sentimiento de lealtad profana, lealtad externa, a los diversos credos, suscita el clima y garantiza la persistencia de una adhesión generalizada que hace difícil la conversión. El racionalismo y el materialismo al combatir lo sobrenatural triturar esas estructuras religiosas y allanan el camino. Esto se produce cuando con los medios actuales técnicos de comunicación social desaparecen todas las distancias: una sola voz puede hoy ser escuchada en los confines del orbe al mismo tiempo por todos. Una misma sensación de desencanto y sequedad se está produciendo en todos los pueblos que se ven privados de todo aliento para sus necesidades espirituales. En la desorientación que se produce, el alma religiosa, el sentir religioso de los pueblos, su aliento místico y vocación de absoluto y de sacrificio, se vuelca a veces esperanzado en los cauces de mesianismos materialistas, pero la ilusión de ese estímulo dura sólo el mismo tiempo que un espejismo. La realidad impone luego el duro castigo de las arenas del desierto. Todo tiempo de sed en caminar hacia el error será luego tiempo y sed en desandar el camino. ¿Acaso las desviaciones del hombre en su camino pueden variar lo esencial de su naturaleza? ¿Acaso nunca el error puede variar la naturaleza misma de la verdad?

Lo accesorio sigue a lo principal. Y lo principal en el hombre es su espíritu, su capacidad y vocación de Verdad, de absoluto, de perfección, de entrega, de amor. Todo materialismo relativista repugna a la naturaleza superior del hombre. El amor del hombre

no es la instintiva reacción de la bestia. Tiene la luminosa belleza de la dignidad del hombre, de su libertad.

Ese materialismo que pretende reducir a la nada nuestro espíritu será barrido por el hombre cuando despierte de su espejismo. Y en medio del desierto de tantos errores, el hombre clamará, como Cristo en la Cruz: ¡Tengo sed! Para nosotros, será sed de dignidad, de libertad, de amor. ¿Quién romperá las cadenas del error que oprimen al espíritu? ¿Quién puede enseñar el camino al que se encuentra agotado, sediento, moribundo, perdido en el desierto? No, desde luego, otros que se hallen también perdidos, sumidos en el error. Sólo el que conozca el camino y en prueba de su aserto traiga agua para mitigar la sed. Todas esas masas perdidas en el desierto y muriendo de sed... ¿os imagináis con qué expectación prestarán sus oídos al que venga con agua en testimonio de la certeza del camino? ¡Cómo le escucharán y cómo le seguirán! Eso sucederá con todos los pueblos del orbe después del actual extravío materialista: ¡Tengo sed!, dirán los pueblos en los estertores de su asfixia materialista... ¿quién no ve hoy radiantes las posibilidades de una general conversión? Leía hace años en el libro de un árabe — que con el racionalismo había perdido la fe y era lector de árabe de la Universidad de Oxford —, el impacto que le produjo la lectura de Santa Teresita. En su alma sedienta, el amor cristalino y ardiente de Teresita de Lissieux le descubrió lo que en su error buscaba inútilmente y se convirtió. “Yo seré en la Iglesia el amor”, decía audazmente Sta. Teresita, y la Iglesia la hace patrona de las misiones. ¿No es eso un presagio, un gran presagio de esperanza?

Dios pide la consagración de *todo* el mundo, y León XIII la hace así porque la humanidad *toda* le pertenece. ¿Dudará alguien que esta consagración no sea también un presagio? La existencia y la historia son un misterio.

La devoción al Corazón de Jesús, tan recomendada por la Iglesia, es un poner de relieve el único camino de salvación: el Amor, ejercitado con abnegación, con libertad, con dignidad, con mansedumbre y al servicio de la verdad; con fraternidad para gloria de Dios, como nos enseña Jesús. La salvación no está en las escuelas sociológicas o económicas, en la filosofía o en la política, como algunos imaginan. Problemas tan esenciales como los que vivimos — “es todo un mundo que hay que rehacer desde sus cimientos”, decía Pío XII en 1952 —, tales problemas, digo, sólo se resuelven con remedios esenciales. Y lo esencial para

la humanidad es Cristo, es Su amor. No se trata de que los Ministros de Dios se hagan militantes profanos sino que el mayor número de hombres posible militen en las filas augustas del amor, porque en el Amor, en el amor auténticamente servido, está la solución de todos los problemas: “ama a Dios y haz lo que quieras”, decía ya San Agustín.

Cristo es sembrador, y buen sembrador. No juzguemos los resultados de la siembra hasta el momento de la recolección. Nosotros juzgamos por nuestra pequeña dimensión de tiempo, que pasa, fluye y es nada. Después de la muerte no habrá más tiempo para nosotros; ningún tiempo nos separará del primero de todos los hombres, *Adán*. También el sembrado parece estacionario tiempo y tiempo y sin embargo, vienen las lluvias, y a su momento llega la sazón. ¡Qué duda cabe que llegará la razón a la siembra de amor hecha por Cristo!

El Concilio Vaticano II reitera y confirma esta misma esperanza: “Todos los hombres son llamados a formar parte del pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, *ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos, para cumplir los designios de la voluntad de Dios*, que creó en el principio una sola naturaleza humana, y determinó congregar en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Io 11, 52). Para ello envió Dios a su Hijo, a quien constituyó heredero universal (cf. Hebr. 1, 2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios”... (Const. sobre la Iglesia, cap. II, 13).

* * *

En los momentos de turbación es preciso no dejarse arrastrar por la corriente. Previenen las reglas de discreción de espíritus de San Ignacio: el espíritu de turbación no debe ser determinante para nada. Para esos momentos nos recuerda el Apocalipsis de San Juan: “El que tenga, ¡mantenga!”; mantener principios, mantener actitudes cristianas, mantener devociones entrañables como esta del Sagrado Corazón que nos recomienda encarecidamente la Iglesia, mantener en suma una adhesión filial y militante en la persona augusta del Romano Pontífice cuya lealtad no nos puede faltar y que tiene la asistencia del Espíritu Santo prometida a Pedro y a la Iglesia, custodio de todas las verdades esenciales y necesarias para nuestra salvación.

ALERTA

A LOS NAVEGANTES

Sobre mi mesa revistas, libros, recortes de prensa: Chile en la encrucijada, entre el miedo y la esperanza; el marxismo al poder por las urnas; ¿ha sido Frei el Kerensky chileno?, ¿la Democracia Cristiana se mueve inexorablemente — dialécticamente — hacia la izquierda? Y luego: revolución y libertad, revolución en la libertad o libertad revolucionaria. Izquierdas y derechas. Cristianos de izquierda y marxistas de derecha. ¿O es que no puede haber marxistas de derecha, si sólo queremos ver el mundo político como un espectro, desde el infrarrojo al ultravioleta? Todo depende del poder de diferenciación del prisma... o de las dioptrías de la lente.

La división entre stalinistas y troskistas ha sido rebasada. Hay que contar con "chinos", castrietas, guevaristas y ahora una nueva especie, el dandy, el elegante, el perfecto *manager* de la política marxista, el hombre que no estuvo en las Brigadas Internacionales, el marxista únicamente intelectual pero proyectado a la política. Ejemplo: Berlinguer (aclaración: Berlinguer es italiano; atención a la política italiana y a este probable sucesor de Luigi Longo). ¿Es también de esta nueva clase Salvador Allende?

No, no creemos que las divisiones sean producto de una táctica, no lo fueron nunca. Y con ser la división "sincera" el comunismo ha ido

avanzando — ¡cuántos son los que creen que por el devenir dialécticamente irreversible de la historia! — dividiéndose y avanzando, *multiplificándose*.

Una parte de Chile ha lanzado, como César, su grito, ha pasado el Rubicón y proyecta temores de tragedia sobre la *suerte* de Sudamérica. A los ingenuos que creen que el comunismo puede detenerse *exclusivamente* con el aumento de la cultura y del nivel de vida pueden unírseles ahora los que esperan la desaparición del marxismo, o su domesticación, por sus propias luchas internas. Checoslovaquia divide al marxismo, Palestina divide al marxismo, Chile divide al marxismo. Crisis del comunismo español, división del comunismo español — dice Jaume Miravittles en Tele-Expres —. Enhorabuena! Aquí paz y después gloria.

En política hay que predecir, hay que profetizar. Xavier da Silveira llamó a Frei el Kerensky chileno y el tiempo le ha dado plenamente la razón. También nosotros vamos a profetizar, modestamente y con el sincero deseo de equivocarnos. Y hablaremos de Chile pero con el pensamiento puesto — que el lector haga un pequeño esfuerzo de imaginación — en todas aquellas naciones que están pasando, de manera más o menos velada, por la etapa Frei.

LA TRAGEDIA DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Para comprender la actual situación política de Chile nada mejor que hacer un resumen de lo que ha sido su política parlamentaria. Chile tiene fama de nación ordenada y pacífica, en contraste con el resto de Sudamérica, dado al golpismo y a la dictadura. Las luchas de su historia son pocas; su dura geografía le ha exigido un esfuerzo constante de superación; su ejército se ha mantenido, por lo general, no sólo dentro de la legalidad sino que ha aparecido como firme garante de esta legalidad; sus recursos económicos, suelo y subsuelo, son, aunque geográficamente mal distribuidos, abundantes; hasta la permanencia en gobiernos de décadas pasadas de ministros comunistas o de verdaderos frentes populares, "dentro de la perfecta legalidad" podrían servir, no sólo para completar la imagen de un Chile "sin problemas", sino también para quitar virulencia al gobierno actual de Salvador Allende.

Pero la imagen sería falsa si a través de la historia de los partidos políticos no se advirtiera una constante evolución ideológica, desde los años de los *pelucones* y *pipiolos*. Para que el lector español pueda establecer una comparación que le sirva de punto de referencia, y sin ánimo de insinuar mayores coincidencias de las que en realidad se dan, le será útil recordar una línea ya sugerida muchas veces en esta revista y que es la siguiente: de los moderados a la Unión Católica, de ésta a la teoría del mal menor; luego la CEDA en el poder, el catolicismo social y el dirigismo democrático.

Se podrá argüir que en España la presencia del Carlismo fue factor decisivo en el intento de los moderados de hallar una "via media" que les liberara a la vez de la revolución descontrolada y callejera y de los intentos de establecer un verdadero orden cris-

tiano. Pero así se olvidaría que por Carlismo se ha entendido tanto el espíritu profundamente arraigado en lo más auténtico del pueblo español como el cuadro de sus dirigentes y doctrinarios, incluso cuando estos últimos se han divorciado de la base popular. Queremos decir que si en Chile no ha existido un partido "carlista" ha habido, en cambio, un substrato cristiano del que se ha procurado ir arrancando sentimientos y personas para engrosar la "vía media", continuamente desangrada por los que exigían posturas más radicales.

En Chile, como en España, en Italia y en otros países, la Democracia Cristiana ha cumplido el triste papel de destructor de lo auténticamente cristiano y ha alimentado y engrosado a aquellos grupos que tenían como primer objetivo la desaparición de lo verdaderamente democrático; ha construido un puente tan bello como inútil por el que han pasado y pasan únicamente quienes van a la destrucción de sus pilares. O si lo prefieren, ha usufructuado en exclusiva un puente que ya existía y ha establecido la dirección única, obligatoria bajo amenaza de anatema.

El puente lo han visto muchos. Pero Fabio Vidi-gal Xavier da Silveira fue quien dio la alarma de lo que iba a ocurrir en Chile. Su mérito es múltiple: por su clara visión política, poco común en hombres tan jóvenes como él; por la antelación con que previó los acontecimientos que luego se desarrollaron con matemática precisión; y por la energía con que defendió, contra viento y marea, la convicción de su profecía. De su libro "Frei, el Kerensky chileno" son los párrafos que siguen. Sirvan como resumen de la historia política de Chile hasta la elección, en 1964, de Eduardo Frei y como homenaje al autor.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

E N E R O

GENERAL: Que se difunda entre los cristianos la oración por la unidad, aquella unidad dada por Cristo a su Iglesia.

MISIONAL: Que los cristianos contribuyan eficazmente en las misiones al desarrollo social de sus pueblos.

LOS PARTIDOS POLITICOS Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN CHILE

Los primeros esbozos de partidos políticos con tendencia definida y estable ocurren en los albores de la república, más precisamente con la caída de la dictadura del General Bernardo O'Higgins (1823). El poder se organiza como tal recién en 1830 con la ascensión del General don Joaquín Prieto a la jefatura del Estado.

En este ambiente sobresalen dos corrientes: la de los pelucones, formada por la antigua aristocracia castellano-vasca, de fuerte tendencia religiosa y sentido tradicionalista, que luego generó el Partido Conservador; y la de los pipiolos, que, aunque en su gran mayoría pertenecían también a la aristocracia, se encontraban profundamente embebidos de ideas enciclopedistas y revolucionarias llegadas de Francia a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Éstos vinieron a constituir más tarde el Partido Liberal.

En 1830 se consolidó definitivamente en el poder el General conservador Don Joaquín Prieto, teniendo como su principal ministro a Don Diego Portales.

Podemos decir que, desde ese momento, Chile inicia su vida como nación políticamente organizada, con un sistema jurídico, institucional y político definido.

El régimen conservador no se basó en grandes declaraciones de principios. Fue principalmente una observación cuidadosa de la realidad que lo llevó a crear un gobierno fuerte pero no opresor, organizado pero no burocrático.

Aunque este tipo de gobierno procuraba llevar al país al desarrollo, ignoraba o no quería ver los fuertes vientos revolucionarios que agitaban los medios intelectuales y en especial a la juventud entusiasmada con los movimientos sociales que estremecían toda Europa.

En 1857 se produce la primera división de las fuerzas conservadoras.

A partir de esta división el gobierno caerá progresivamente en manos del ala liberal avanzada. La juventud desorientada toma en sus manos el destino de la nación.

El Partido Conservador inicia, en esa época, un ciclo histórico de defensa heroica de los principios católicos. Su meta es la protección de la Iglesia y su patrimonio espiritual; precisamente durante el apogeo del laicismo, es cuando las fuerzas liberales, embria-

gadas del poder, pretendían hacer tabula rasa de la causa católica y de las ideas tradicionalistas.

Esa lucha, que comenzó antes de 1860, se prolongó en la Historia hasta nuestro siglo. Fue la lucha que imprimió en la causa conservadora su más profundo sentido religioso. El Conservadorismo chileno hace suya la causa de la Iglesia; su objetivo era implantar la doctrina católica en el campo temporal.

En 1879, cuando esas pugnas político-religiosas estaban en su punto culminante, estalla repentinamente la guerra del Pacífico, en la que se enfrentan las fuerzas chilenas y las de la Alianza peruano-boliviana. De eso resultó naturalmente una distensión de los conflictos internos.

Antes que las tropas victoriosas regresasen, fue elegido Presidente de la República Don Domingo Santa María (1881), conocido anticlerical, militante activo del Partido Liberal, produciéndose como consecuencia un agudo recrudecimiento de las luchas religiosas. Fácil y breve resultó para Santa María la aprobación de todas las reformas anticatólicas, en torno de las cuales se venía luchando durante largo tiempo. Las leyes promulgadas por la acción dictatorial del gobierno preveían la exclusión absoluta de la Iglesia en materias tales como la celebración del matrimonio, el registro de nacimientos, las ceremonias fúnebres, etc.

Años más tarde, en 1891, estalla en Chile una sangrienta guerra civil, en la cual es derribado el entonces presidente José M. Balmaceda, liberal. Su caída no trajo entonces consecuencias de carácter ideológico, pues el gobierno que le sucedió se basaba en principios semejantes a los del depuesto.

De ahí en adelante el Partido Conservador toma el poder en repetidas ocasiones. No obstante no haber variado sus principios, su espíritu de lucha ya no era el mismo. Ya dentro de él germinaban ideas revolucionarias.

Por vuelta de 1938, la Juventud Conservadora, que se hacía llamar Falange Nacional, fue expulsada del Partido por no haber apoyado al candidato conservador a la Presidencia de la República. La fuerte influencia y el adoctrinamiento constante desarrollado dentro de la Falange Nacional por los eclesiásticos avanzados comenzaba a pesar. Las ideas "maritainistas" y las reivindicaciones sociales con tintes de lucha

de clases se transformaban en banderas de esos jóvenes. Una de las razones por las cuales fueron expulsados del partido fue que ya se mostraban socialistas.

Posteriormente, en 1948, se produce una nueva división, iniciada por un grupo conservador llamado social cristiano. Parte de este grupo se integró nuevamente en el Partido Conservador y el resto de él se unió a la Falange Nacional para formar el Partido Demócrata Cristiano.

Para completar la reseña, debemos agregar que en el año 1865 nació el Partido Radical, de línea netamente masónica, y la encarnación del espíritu antirreligioso. Su trayectoria, vacilante en sus comienzos, adquiere fuerza a partir de 1925.

Por último, en el año 1912 nace el primer esbozo del partido comunista, con el nombre de Partido Obrero Socialista, para posteriormente, en 1922, adherirse definitivamente a la Tercera Internacional Comunista. En 1948 fue disuelto por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, y sólo puede reintegrarse en la vida política después de la derogación de dicha ley, obtenida en 1958 gracias a la acción solícita del Partido Demócrata Cristiano.

(...)

El partido Demócrata Cristiano creció rápidamente. Sus principales líderes — Tomic, Frei, Leighton, Gumucio y otros — ya eran políticos conocidos cuando aquel surgió.

Entran en la línea de la Revolución pura y simple. Defienden la lucha de clases y el cambio de estructuras. Hacen velados elogios a Marx. Explotan a fondo el apoyo de un fuerte sector clerical que les bendice la malsana trayectoria política.

Esa trayectoria de los demócratas cristianos de primera hora es extremadamente rápida. Muchos conquistan en seguida bancos en la Cámara y en el Senado. En 1958 presentan a Frei como candidato a la Presidencia de la República, que pierde frente a Alessandri. Fue, sin embargo, una derrota prestigiosa.

En las elecciones de 1964 son tres los candidatos a la Presidencia de la República:

—Julio Durán, del Partido Radical, que es apoyado inicialmente, en forma oficial, por los conservadores y liberales. Es anti-izquierdista, pero su éxito en las urnas es improbable.

—Eduardo Frei, demócrata cristiano (elegido como candidato en lugar de Tomic porque éste, considerado por algunos como el más importante hombre de la Democracia Cristiana, era extremadamente avanzado). Frei es izquierdista, con grandes posibilidades de salir victorioso.

—Salvador Allende, que hará las veces de espantapájaros, es presentado por la FRAP (liga que agrupa el Partido Comunista, el Socialista y otros grupos izquierdistas menores). Declárase masón y marxista. Sus posibilidades de victoria también son considerables.

El terror de ver a Chile conducido al marxismo por el espantapájaros Allende hizo que los Partidos Conservador y Liberal dejasen de apoyar a Durán, que tenía poca fuerza electoral, y entrasen totalmente en la campaña a favor del candidato democristiano.

El 4 de septiembre de 1964 Eduardo Frei Montalva fue elegido con amplia mayoría. De dos millones y medio de electores, tuvo casi un millón quinientos mil votos.

Los conservadores quedaron satisfechos, porque se reputaban a salvo del marxismo. Frei asumió al poder e hizo en poco tiempo lo que Allende hubiera tardado muchos años en hacer. Hoy, muchos se preguntan si la victoria de Allende no hubiera sido un mal menor. ¿Habría conseguido éste el apoyo de ciertas corrientes centristas, que Frei consiguió para hacer exactamente aquello que los conservadores no querían que se hiciera?

La alternativa Frei-Allende fue un falso dilema hábilmente creado, que trajo como consecuencia el apoyo electoral de numerosos derechistas al marxismo velado de la Democracia Cristiana.

(Frei, el Kerensky chileno, págs. 21-27).



LA DEMOCRACIA CRISTIANA EN EL PODER

La subida al poder en 1964 de Eduardo Frei tuvo un significado universal. Igual que en España, en Italia, en Alemania, e incluso en Francia, la Democracia Cristiana siempre ha representado un "intento serio" antimarxista. La insistencia en lo social, con todo lo que esto supone, planteaba la lucha en el propio terreno del marxismo e intentaba arrebatárle unos principios que la propia Democracia Cristiana suponía abandonados por los "partidos tradicionales", y que al tomarlos como propios resumía en la desafortunada frase "también los cristianos nos ocupamos del progreso social".

Al acusar a la Democracia Cristiana de servir de puente al comunismo no olvidamos los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial que vieron el apogeo de la política de Adenauer y De Gasperi. El que éstos no llevaran inmediatamente al comunismo debe achacarse a factores aparentemente externos como la ausencia de un partido marxista-leninista pujante que sirviera de revulsivo común a demócrata-cristianos y comunistas. Decimos aparentemente porque el "también nosotros" supone en el fondo un ir a la par de las circunstancias que es intrínseco a la Democracia Cristiana. Queremos decir que si Allende fue la consecuencia de Frei también la apertura a *sinistra*, lo fue del ya lejano y derechista De Gasperi.

Pero el ir a la par de la Democracia Cristiana no ha sido nunca producto de un sano realismo político sino consecuencia de estar *con* el mundo. Por eso ha sido de derechas, de centro o de izquierdas según soplaban el viento. Lo cual, visto fríamente, es a la vez maquiavelismo puro y la mayor incongruencia política que puede darse. Así se comprende que la Democracia Cristiana coseche votos con la misma facilidad con que los pierde; y se comprende también que sea un partido sin ningún arraigo verdaderamente popular (el ejemplo de España es muy claro). La Democracia Cristiana pasa, deja una herencia, bien triste por cierto, pero nunca lega un testamento.

En 1964 soplaban vientos de izquierda en todo el mundo (*pas d'ennemis a gauche*) y ésta fue la tónica de la política de Frei. Pero sus imperativos fueron los de siempre: primacía de lo social y el progreso como fin.

Eduardo Frei prometió "revolución y libertad". Pero estos dos conceptos, con ser tan ambiguos, no compaginan de ninguna manera. Cuando se promete revolución, hay que hacerla; cuando se promete libertad, hay que

respetarla. Y su realización falló por el punto más débil, por el de la revolución. Porque la libertad puede coartarse, disminuirse o incluso anularse con bonitas palabras. Pero si se promete la revolución y se inician las nacionalizaciones y la reforma agraria no se toleran medias tintas. O todo o nada. Si no se hace la revolución con rapidez, en un día, en una hora, ya vendrá quien pueda hacerla con más claridad.

La primacía de lo social y el deseo de un progreso continuo sin ningún valor trascendente que los encamine a fines superiores permite la realización de un programa que en apariencia es indiferente a la moral y que sólo persigue el aumento de valores materiales como el nivel de vida. Por este camino, los atentados a la propiedad privada, el control estatal de la natalidad, la legislación del divorcio o la enseñanza laica pueden ser presentados como una exigencia del bienestar para la realización de un mundo mejor. Los imperativos morales quedan para el fuero interno pero no pueden interferir en la vida pública.

Las acusaciones que puedan hacerse al gobierno de Frei sobre inmoralidades en la gestión pública, fraudes económicos o escándalos políticos carecen, para el caso, de importancia. Estos defectos no son culpa del sistema sino de las personas, al menos en una primera aproximación. Lo que importa en Frei es que puso al país en la pendiente del materialismo en nombre de unos principios supuestamente cristianos.

Lo meramente material, lo económico, nunca unifica y aglutina a un país, a menos que ya esté completamente embrutecido; pero si existen todavía unos principios morales en una proporción del pueblo, y éste es el caso de Chile, el simple dinero y la mera preocupación por el bienestar dividen y crean odios. Produce el efecto contrario al que en teoría se pretende. Después, a la hora del balance, el bienestar no ha llegado. Es el momento de sustituir un materialismo fracasado por otro más radical, libre de mecenazgos espirituales.

Por supuesto que esta supremacía de lo material no es exclusiva de la Democracia Cristiana pero en ella adquiere el carácter de un mesianismo lindante con el mesianismo marxista y basculando entre un reino ebionita y la ilusión infantil de crear una *tierra nueva* aséptica, progresiva, práctica y desarrollada, en la que los santos serán los médicos, sociólogos, ingenieros y economistas, funcionando todo como una primorosa máquina de precisión.

ALLENDE ES UN HOMBRE HONORABLE

(... y Brutus es un hombre honorable.
Shakespeare, *Julio César*)

Salvador Allende, sesenta y dos años, médico sin ejercer, ex ministro de Sanidad, ¿pequeño-burgués, gran burgués, comunista, marxista, tecnócrata, un hombre honesto preocupado por la suerte social del pueblo chileno? ¿Hombre-síntesis o piedra de escándalo para todos? ¿Es un nuevo Kerensky o, por el contrario, con él hemos llegado al final del proceso? En todo caso, es motivo de satisfacción para muchos, casi nos atreveríamos a decir que para todos. “No es para menos”.

Los sudamericanos tienen fama de alegres y celebran los acontecimientos en el carnaval de las calles. También aquí hemos conocido un 14 de abril pero ahora las celebraciones en Europa son de otro estilo. Las celebraciones se van en miradas de complicidad, en pacientes esperas. Allí se festeja en movimiento perpetuo, aquí en la tranquilidad y la paz.

¿Y no hay motivos para estar alegres y confiados? Si en Chile ha triunfado “pacíficamente” un marxista, ¿qué impide generalizar y decir que hay un cierto marxismo, respetuoso con el juego, domesticado y comprometido?

Allende no puede romper el pacto establecido con su victoria, sería deshonesto por su parte. Sería una mancha en el limpio historial del ejercicio de la democracia al que él se halla, *inevitable e inexorablemente*, unido. Las aperturas a la izquierda desde la “derecha” demócrata-cristiana son siempre maniobras entre caballeros, ¡no faltaría más!, y Frei y Allende son “hombres honorables”.

Allende es conocido en Chile por “el pije”. Y según nuestro Diccionario, esta palabra significa allí hombre cursi. Sería interesante saber a qué partido pertenece quién le dio este epíteto. Sabríamos así si en un principio tenía aires de insulto o de piropo. Lo cierto

es que se le aplica por su elegante vestir, su esmerada educación y sus refinados modales. Es decir, lo que en Europa conocemos por un perfecto *gentleman*. O sea, no es un pistolero, ni un agitador profesional sino un político serio, consciente de sus derechos y deberes. Claro que acudió a la toma de posesión vestido con un mesocrático traje de calle, rompiendo con la tradición de los serios fracs. Pero su programa de austeridad y su compenetración con el pueblo quedaban más acordes con su indumentaria. Por encima de todo hay que ser consecuente con las propias ideas y Allende lo es, ¡no faltaría más!; Allende es un hombre honorable.

Allende es masón declarado. No, no hay peligro de que se sienta insultado porque llamar masón a una persona no es ningún insulto. La masonería también está integrada dentro del respetuoso juego de la democracia, incluso lo fue antes que el mismo marxismo. Pero es que, además, en Hispanoamérica ser masón no es nada del otro jueves. Por el contrario es señal de “distinción”, de aprecio por las libertades cívicas, de seriedad en lo privado y en la gestión pública, de interés por la educación de la juventud y la promoción de las clases humildes. Y Allende es masón; Allende es un hombre honorable.

Allende no es católico, ¡no faltaría más! Pero ha dado pruebas de un profundo respeto por la Iglesia católica, al menos por la chilena. Sus hijas se han educado en un colegio de religiosas. Quiso asistir al solemne *Te Deum* celebrado en la catedral de Santiago de Chile y presidido por el cardenal Silva Enríquez para celebrar la toma de posesión y aún asegura la prensa que al escuchar la homilía vertió una lágrima de emoción. No hay, por tanto, motivo para temer una persecución religiosa. Quizá se prohíba taxativamente

la enseñanza de la religión o la enseñanza religiosa, se limiten las libertades del pueblo cristiano o se dificulte la entrada a determinados misioneros. Pero todo hecho de acuerdo con la Nunciatura porque estas cosas son negociables y los tiempos nuevos exigen métodos nuevos. Todo puede hacerse con elegancia y distinción porque Allende es un hombre honorable.

Perfecto. Toda la Europa y la América aperturistas han hablado de resignación pero, en el fondo, han suspirado de alivio. Cara a la galería hay que lamentar el triunfo de un marxista, por muy educado, masón y tolerante que sea, pero en el fondo recóndito de las intenciones se piensa lo que decíamos al principio. Chile ha demostrado que es posible integrar al marxismo dentro del juego parlamentario y democrático para así anularlo, aprovecharlo. En Chile han bastado los seis años de Frei. Donde no existe un Frei que haya logrado matar definitivamente toda posible reacción — cada Kerensky y cada apertura tienen su estilo y sus exigencias propias — habrá que acudir al juego de la lentitud, de la marcha y la contramarcha.

El método exige la astucia de la serpiente, una paciencia sin límites y una ilimitada voluntad de poder. “Lo que sigue igual” en la frase de Lamperusa es el deseo de mandar y dirigir. Cuando asoma en el horizonte la posible amenaza comunista se producen carreras para hacerse con su amistad y su colaboración. Pero el juego es peligroso y hay que saber jugarlo. Los hombres son honorables pero juegan peligrosamente, porque se trata de malabarismos de equilibrio inestable y siempre llega una vez que cae del otro lado; y entonces la caída es definitiva.

¿Pero si la Democracia Cristiana no supo mantenerse en el poder habría que reconocer que la subida de Allende era inevitable y que su gobierno de frente popular es un “mal menor”? Sí, es posible que sea un mal menor. Pero con la teoría del mal menor puede gobernarse una nación durante muchísimos años. Siempre, claro está que el mal sea menor que el que le siga. En el proceso de las aperturas no se trata del “mal menor del que sería” sino del “mal menor del que será”.

Y luego, ¿qué será? Vamos a intentar vislumbrarlo.

Y fue a mí palabra de Jehová diciendo:

Hijo del hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y diles a los pastores: Así ha dicho el Señor Jehová: ¡Hay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¡No apacientan los pastores a los rebaños! Coméis la leche y os vestís de la lana: la gruesa degolláis, no apacentáis las ovejas.

No corroborasteis a la flaca, ni curasteis a la enferma; no ligasteis la perniquebrada, ni tornasteis la amontada, ni buscasteis la perdida; sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia.

Y están derramadas por falta de pastor; y fueron para ser comidas de toda bestia del campo, y fueron esparcidas.

Y anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes, y en todo collado alto: y en toda la haz de la tierra fueron derramadas mis ovejas, y no hubo quien buscarse, ni quien requiriese.

(Ezequiel, 34, 1-6)

EL PORVENIR DE LOS PROCESOS APERTURISTAS

Se trata del porvenir de Chile, Venezuela, Italia y en general de todos aquellos países en los que se ha dado, o se da, *grosso modo*, el proceso que para España habíamos definido con la línea que va de los moderados al dirigismo democrático.

La victoria de Allende sorprendió a muchas personas de buena fe, que las hay en todos los tiempos y en todas partes. ¿Cómo es posible que el comunismo suba al poder por las urnas? Pero en Chile uno de los grupos políticos que no contaba con el triunfo de Allende, y no precisamente por candidez, fue el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Su presentación se hace en pocas líneas: el MIR profesa la más radical doctrina marxista-leninista y, como tal, salvadas las matizaciones necesarias, es el grupo "chino" o guevarista y se halla estroncado ideológica y tácticamente con grupos que han proliferado en todo el mundo en los últimos años: mayo francés, tupamaros, sector marxista-leninista de la ETA, etcétera. Su método político es la conquista del poder por la lucha armada y su divisa la fidelidad a las clases populares frente a la burguesía, la oligarquía y los grupos pseudorrevolucionarios.

La sorpresa del MIR tenía su origen en las mismas entrañas de su ideología, era una cuestión de fe marxista porque el comunismo sólo podía llegar al poder a través de la lucha armada, del compromiso total, de la revolución químicamente pura.

La sorpresa de los de buena fe era estadística. Nunca, hasta ahora, se había visto una victoria "democrática" del marxismo. Pero tampoco se había contado nunca con una preparación tan intensa por parte de quienes inevitablemente conducen al marxismo. Está visto que en esto de las estadísticas hay que ir con mucho cuidado.

* * *

Salvador Allende ha subido al poder apoyado por un verdadero Frente Popular, que allí se llama Unión Popular, y del que forman parte los partidos comunista, socialista, socialdemócrata y radical, el movimiento API de Tarud y el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria). Los cuatro partidos no tienen exactamente la misma significación que en Euro-

pa pero sí la tienen en su conjunto. El API, al menos por el momento, carece de importancia. Queda el MAPU que, a nuestro entender va a ser la clave del futuro de Chile, tanto por sí mismo como por sus afinidades y simpatías con el MIR. (No hace falta decir que este último no está incluido en la Unión Popular.)

Veamos que es el MAPU: surgió como una escisión, a la izquierda del partido demócrata cristiano motivada por la lentitud con que éste llevaba a cabo las reformas sociales prometidas. Sus principales líderes son Gumucio, Chonchol, Jerez y Rodrigo Ambrosio. Ha sido el mismo Jerez quien ha puesto ya en duda el futuro de la Unión Popular de Allende acusándola de los mismos defectos de base que habían impedido la revolución programada por Frei. No ha ocultado sus simpatías por el MIR, viendo en él las mejores esperanzas para el futuro de Chile.

* * *

La Unión Popular, con Allende a la cabeza, realizó una campaña electoral tomando como base un programa de realizaciones bastante concreto y, por cierto, no muy distinto del que sirvió a Frei para subir al poder. Este programa puede resumirse, a grandes rasgos, en los siguientes puntos: reforma agraria; nacionalización de la banca, de las minas de cobre y de las industrias básicas; eliminación del sistema bicameral sustituyéndolo por una sola cámara, "la asamblea del pueblo"; superación de la secular inflación que sufre la economía chilena; lucha contra el desempleo que afecta a casi un tercio de la masa laboral.

Todo lo que tenía de concreto la campaña tenían de ambiguos los medios para cumplirla. El programa requiere en su conjunto un colosal movimiento de medios económicos. Por si fuera poco, Allende prometió indemnizar todas las expropiaciones y nacionalizaciones hasta el último céntimo.

No sabemos cómo logrará Allende compaginar estas promesas con su deseo de luchar contra la inflación. Lo cierto es que no quiso, no supo o no pudo explicarlo claramente. Quizá no sea ajeno a ello el convencimiento que debe albergar de la fragilidad de la Unión Popular, apresada entre su "aliada en la opo-

sición”, la Democracia Cristiana por un lado y el MAPU y el MIR por el otro.

De este convencimiento participan las esperanzas de unos, los temores de otros y el sentido común de algunos. Por su autoridad, queremos citar aquí unas líneas que escribió Manuel Aznar en “La Vanguardia”: “... yo me permitiría apuntar una interpretación, con algo de pronóstico. Si don Salvador Allende no es realmente un político marxista, en el estricto sentido de la palabra, cabe esperar que su Administración se mantenga fiel a las exigencias formales de una democracia liberal, en cuyo caso no transcurrirá mucho tiempo sin que una parte considerable de las fuerzas que le han apoyado se llame a engaño y ponga el grito en el cielo. Pero si el señor Allende se inspira en los principios y en el servicio de un marxismo leal, con todas sus consecuencias, su destino le llevará inexorablemente a las desembocaduras revolucionarias que Marx, y sobre todo Lenin, señalaron. En cualquiera de los dos supuestos será perfectamente inevitable la aplicación de normas y de métodos socialistas al regimiento de la vida nacional e internacional de Chile; para mantener la unidad del Frente Popular si el presidente no fuese marxista; para servir a la lógica de la situación y a lo que ordena la naturaleza misma de las cosas, si de verdad lo es”.

Lo cierto es que una marcha atrás se presenta como prácticamente imposible. Ni el mismo Estatuto de Garantías negociado a toda prisa entre la Unión Popular y la Democracia Cristiana podrá servir para gran cosa cuando el mismo Tomic lo creía innecesario. De los estatutos de garantía “demuestran las estadísticas” que se firman para no cumplirlos.

Y más imposible todavía cuando la Unión Popular ha sido ya “canonizada” por diversas voces y actitudes; entre ellas el *Te Deum* de la Catedral, y la carta del Provincial de los Jesuitas de Chile. Como una muestra, que no sonará a nuevo a quienes siguen algo la política de nuestros días, queremos reproducir una noticia fechada en Santiago de Chile el 15 de octubre y reproducida el día siguiente en “La Vanguardia”. Dice así:

“Ante el triunfo de los trabajadores que constituye la elección de Salvador Allende, lanzamos una llamada a los obreros, campesinos y estudiantes para que, superando las dificultades ideológicas preelectorales, nos unamos todos en la construcción de una nueva sociedad en la que todos puedan participar.” Así comienza un comunicado hecho público por el Movimiento obrero de Acción Católica, la JOC, la Acción Católica Rural, la Juventud estudiantil y la Juventud universita-

ria católica, todas ellas organizaciones de carácter nacional, de Chile.

“Como Movimientos Apostólicos de la Iglesia, dice el comunicado, signo del Cristo libertador en la Historia, cuya misión es servir al hombre, nos comprometemos a continuar en nuestros esfuerzos a fin de que el proceso de cambio querido por la mayoría, signifique una liberación auténtica en la que se realicen los valores del Evangelio.”

Por otra parte, la Acción Católica Rural ha hecho pública una nota dirigida particularmente a los campesinos en la que declara que entiende, en cuanto movimiento de la Iglesia, que deben ponerse al lado de Allende. “Afirmamos, dicen, que para nosotros, campesinos cristianos, la existencia de una teoría ‘de una izquierda marxista y de una izquierda cristiana’ no tienen ningún valor. Nadie puede pretender dividir así a los campesinos. Estamos con el pueblo, estamos de parte de la justicia y contra la dominación. Estamos por la dignidad y contra el abuso y contra todo lo que es inhumano. Estamos con la fraternidad y contra el individualismo y el odio. Como Acción Católica Rural, Movimiento Apostólico de la Iglesia, nos comprometemos a la liberación integral de ‘todo hombre y de todos los hombres’ de nuestra patria. Los cristianos somos signo de Cristo que libera total y definitivamente a toda la humanidad.”

Ya se comprende que estos apoyos no van a librar a Chile del comunismo. Por nuestra parte, tampoco creemos que puedan afianzar definitivamente en el poder a la Unión Popular. Sólo podría mantenerse en el caso de que cumpliera al pie de la letra las promesas hechas en la campaña electoral y en el supuesto de que las reformas económicas no provocaran el caos y la subsiguiente lucha armada revolucionaria.

Si no es así, la revolución vendrá por el camino contrario; por la lucha declarada entre el marxismo “ortodoxo” y el MIR apoyado por el MAPU. Las masas están demasiado envenenadas y materializadas por los años de Frei y por los que queden de Allende para que vayan a conformarse con medias tintas. Si Allende mantiene sus planes y no los cumple con toda rapidez, lo cual es imposible por la misma idiosincrasia de la Unión Popular, al MIR le costará muy poco provocar un Casas Viejas con todas sus consecuencias. Después de la subida al poder de Allende murió un estudiante en una lucha estudiantil entre comunistas y miembros del MIR. El camino está abierto.

El día anterior a la toma de posesión, Chonchol fue sustituido por Rodrigo Ambrosio en la secretaría general del MAPU. El nombramiento de Ambrosio su-

pone el triunfo de la línea más progresista dentro del grupo. Según un despacho de la Agencia EFE fechado en 2 de noviembre Ambrosio "sostiene la creación de un frente revolucionario en el que participen los sectores más progresistas de los partidos que integran la Unión Popular principalmente de los partidos socialista y comunista. El frente revolucionario constituiría el elemento dinámico que impulsase la adopción de medidas radicales por parte del Gobierno de Salvador Allende que mañana asume la presidencia de la república".

Es un nuevo paso, y muy importante; es un paso perfectamente marxista. En resumen: Allende puede ser un Lenin aunque particularmente no lo creemos; más bien nos inclinamos a creer que será un nuevo Kerensky o un nuevo Benes. De todos modos el final es la ruina de Chile.

¿Fatalismo? No. Lo fatal sucedió hace años y la inconsciencia de unos y la traición de otros ha llevado a una situación que humanamente no tiene solución.

Hemos hecho unos pronósticos sobre el futuro de Allende y de Chile y coincidimos con muchos amigos y enemigos. En esto tenemos ventaja sobre Xavier da Silveira porque él fue tachado de visionario y nadie quiso creer sus "profecías".

Pero si continuamos avanzando en nuestros pronósticos ya serán muchos menos quienes *ahora* se den por convencidos y enterados. No obstante, ¡adelante!: el proceso no se ha dado en Chile por una particular manera de ser de aquella nación sino por una muy particular manera de pensar. Y esta manera de pensar está muy extendida y adopta nombres distintos pero tiene un único fin: la instauración de un paraíso terrenal por la cultura, el progreso y la economía. Y una política que no tiene otro objetivo que estos tres fines no podrá nunca salvaguardar ni la justicia, ni la paz, ni la libertad, ni la caridad cristianas. Al revés, conducirá a un régimen cuyo único fin sean una cultura, un progreso y una economía materialistas, es decir, al marxismo.

JOSÉ M.^a MUNDET GIFRE

...pastores, oid la palabra de Jehová:

Vivo yo, ha dicho el Señor Jehová, que por cuanto mi rebaño fue para ser robado, y mis ovejas fueron para ser comidas de toda bestia del campo, sin pastor; ni mis pastores buscaron mis ovejas sino que los pastores se apacentaron a sí mismos, y no apacentaron mis ovejas.

Por tanto ¡oh pastores! oid la palabra de Jehová:

Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo a los pastores; y requeriré mis ovejas de su mano, y haréles dejar de apacentar las ovejas; ni los pastores se apacentarán más a sí mismos, pues yo libraré mis ovejas de sus bocas y no les serán más por comida.

¿Os es poco que comáis los buenos pastos, sino que holléis con vuestros pies lo que de vuestros pastos queda; y que bebiendo las aguas sentadas, holléis además con vuestros pies las que quedan?

Y mis ovejas comen lo hollado con vuestros pies, y beben lo que con vuestros pies habéis hollado.

(Ezequiel, 34, 7-10, 18-19)

ENSEÑANZAS DE SANTA TERESA DE JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA SOBRE SATAN EL ADVERSARIO

La voz de los Santos Padres de la Iglesia, siempre en alerta contra Satán, el adversario, resonaba todavía poderosa, principalmente en las mentes de los Pastores de la Iglesia Católica; pero por los siglos xvi y xvii la percibían los fieles un tanto atenuada y con menos fuerza, por la distancia de los siglos, y más aún por la dificultad para el acceso a sus obras, escritas en griego o en latín; cuando el providentísimo Dios quiso que surgiese en su Iglesia otra voz, también en alerta contra el enemigo de la humana naturaleza, a fin de que en los siglos nuevos, los modernos, la pudiesen oír no sólo los Pastores, sino también los fieles todos, y así se pudiesen guardar mejor de las asechanzas del adversario.

Fue una voz femenina; voz vibrante y a la vez delicada; voz potente y al mismo tiempo hermosamente modulada, como de una cítara del Espíritu Santo. Fue la voz de Santa Teresa de Jesús, que había de continuar y reforzar la voz de los Santos Padres de la primitiva Iglesia; pues con admirable espíritu, con singular maestría, y juntamente con estilo incomparable, nos ha dejado en sus inmortales escritos unas enseñanzas diáfanas y del todo seguras, sobre el insidioso enemigo de nuestras almas.

Y como esa voz surgió en el centro de España y de la sociedad española del siglo xvi, resonó fácilmente en toda Europa, y aun en las vastas tierras del mundo de Colón, y en las dilatadas regiones orientales de la India y del Japón, donde está la cuna del sol y el tálamo de la aurora.

Esa voz, que desde entonces sigue guiando con permanente actualidad y con segurísima dirección a innumerables almas, para la lucha más difícil de la vida cristiana, la lucha contra las potestades invisibles, los adversarios de los designios de Dios, y adversarios sin-

gularmente de Cristo y de los cristianos, ha quedado ahora más autorizada, y ha de resonar con más potencia por el altavoz de la proclamación de Santa Teresa como Doctora de la Iglesia.

El vocablo con que Santa Teresa denominaba a Satán, el adversario, es casi siempre "el demonio"; y con este término designaba ella al que es Príncipe de los demonios, y a los que le son súbditos y están a su mandar.

Y es de notar, antes de pasar adelante, que todas las enseñanzas de la Santa Doctora sobre el demonio, y la manera de exponerlas, prueba con evidente certeza que la Santa, como fidelísima hija de la Iglesia, creía con firme fe en la existencia de los ángeles caídos, y en la realidad, revelada por Dios y enseñada por el Magisterio de la Iglesia, de la acción maléfica de ellos sobre el género humano, por inescrutable permisión divina.

Tampoco cabe la más mínima duda de que la Santa, al atribuir siempre a los demonios actividades personales, tenía por cierto, con certeza de fe, que los demonios son en realidad personas, dotadas de inteligencia y de voluntad libre; que respiran odio, envidia, astucia, engaño y mentira; pero que está sometidos, mal que les pese, al poder providente de Dios.

Fácil cosa es recoger en dos grupos distintos las enseñanzas de la Doctora de la Iglesia sobre el demonio. La primera clase de enseñanzas versa sobre los intentos del demonio, las asechanzas que urde y los engaños de que se vale para salir con sus depravados propósitos; y mayormente para con las almas que tratan de oración y perfección. En el segundo grupo tenemos las enseñanzas que Santa Teresa nos da con nítida claridad y ajustada precisión para reconocerle, resistirle y vencerle.

I. — Intentos del demonio, y sus engaños

Ante todo, el plan del demonio, cuando un alma se determina a seguir el camino de la oración, y por él, el de la perfección cristiana. "arto gran misericordia hace Dios a quien da gracia y ánimo para determinarse a procurar con todas sus fuerzas este bien; porque si

persevera, no se niega Dios a nadie; poco a poco va habilitando Él el ánimo para que salga con esta victoria. Digo ánimo, porque son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios, para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que

de aquí le viene, no sólo en perder aquel alma, sino muchas. Si el que comienza, se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va sola al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí... Póneles el demonio tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo para no tornar atrás, sino muy mucho, y mucho favor de Dios" (Vida, XI, 4).

Y como sabe el demonio en qué está la perfección, va derecho a atacar la caridad de unos con otros. "Lo que aquí pretende el demonio no es poco; que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo; y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con más perfección." "También podría el demonio poner esta tentación con la Priora, y sería más peligrosa (la tentación de andar mirando naderías en las súbditas). Para esto es menester mucha discreción; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Constituciones, es menester que no todas veces se eche a buena parte, sino avisarle; y si no se enmendare, al Prelado; esto es caridad." "Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no tratarlo una con otra; que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuración; sino con quien ha de aprovechar, como os tengo dicho" (Moradas Ias., 2, nn. 17 y 18).

Inquina del demonio contra las almas de oración. "Pone mucho el demonio más por un alma de éstas que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes; porque le pueden hacer gran daño a él, con llevar otras consigo, y hacer gran provecho, podría ser, en la Iglesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa sino ver el que Su Majestad las muestra amor particular, le basta para que el demonio se deshaga porque se pierdan; y así son muy combatidas, y aun mucho más perdidas que otras si se pierden. Vosotras, hermanas, libres estáis de estos peligros, a lo que podemos entender. De soberbia y vanagloria os libre Dios; y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés" (Moradas, IVas., III, 10).

Contra quiénes puede el demonio, y contra quiénes no puede nada. "Quiero también decir esto, porque me espantó mucho. Estando un día de la Trinidad en cierto Monasterio, en el coro, y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra ángeles. Yo no podía entender qué quería decir aquella visión. Antes de quince días se entendió bien, en cierta contienda que acaeció entre gente de oración y muchos que no lo eran; y vino hartó daño a la Casa que era. Fue contienda que duró mucho, y de hartó desasosiego. Otras veces veía mucha multitud de demonios enrededor de mí; y parecíame estaba una gran claridad que me cercaba toda; y esta

claridad no les consentía llegar a mí. Entendí que me guardaba Dios, para que no llegasen a mí de manera que me hiciesen ofenderle. En lo que he visto en mí algunas veces, entendí que era verdadera visión. El caso es que yo tengo tan entendido el poco valer de los demonios, si yo no soy contra Dios, que casi ningún temor les tengo; porque no son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas a ellos y cobardes; que aquí muestran ellos su poder" (Vida, XXXI, 11).

Aun en medio de los gustos de Dios, intenta entrometerse el demonio. "En estas Moradas (las IVas.), pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran, no hacen daño, antes dejan con ganancia. Y tengo por muy mejor cuando entran y dan guerra en este estado de oración; porque podría el demonio engañar, a vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones; y hacer mucho más daño que cuando las hay" (Moradas LV, I, 3).

Si de la imaginación propia hay que temer ser engañados, mucho más del demonio. "Del demonio hay más que temer; mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí o de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni le pase por pensamiento, sin parecer de confesor letrado y avisado y siervo de Dios" (Moradas VIas., II, 11).

Por contemplación abstracta, ataca el demonio aun a la misma Sda. Eucaristía. "Creo queda dado a entender lo que conviene — por espirituales que sean — no huir tanto de cosas corpóreas, que les parece aún hace daño la Humanidad Sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que les convenía que Él se fuese (In., 16, 7). Yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo a su Madre Sacratísima; porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y Hombre; y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfección, que antes le ayudaba (la Sagrada Humanidad). No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como después estuvieron; y tenemos razón de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino; y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento" (Ib., VII, 14).

El ardid del demonio al infundirnos a veces grandes deseos, pero con el engañoso intento de que no hagamos nada en realidad. "Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, para que no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas de haber deseado las imposibles. Teniendo por cierto que con la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía; y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas" (Moradas VIIas., LV, 14).

El demonio, y el alma humilde. "Cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que está apro-

vechada. Parece que al verdadero humilde no osará el demonio tentarle en cosas de mayorías, aun de primer movimiento; porque, como es tan sagaz, teme el golpe. Si una es humilde, gana más fortaleza con esta virtud, y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí; porque está claro que el alma ha de dar vueltas sobre su vida, y mirar lo que ha servido con lo que debe al Señor, y la grandeza que Él hizo en bajarse a Sí, para dejarnos ejemplo de humildad; y mira sus pecados, y adónde merecía estar por ellos; y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que el demonio no osa tornar otro día, por no ir quebrada la cabeza" (Camino de Perf., XVI, 7).

El engañador, engañado. "Tampoco quiero ahora tratar de cuando las revelaciones son de Dios (que esto está entendido, y los grandes bienes que hacen al alma), más que son representaciones que hace el demonio para engañar, y que se aprovecha de la imagen de Cristo Nuestro Señor o de sus Santos. Para esto tengo para mí que no permitirá Su Majestad, ni le dará poder para que con semejantes figuras engañe a nadie, si no es por su culpa; sino que él quedará engañado. Digo que no engañará, si hay humildad; y así no hay para qué andar asombradas; sino fiar del Señor, y hacer poco caso de estas cosas, si no es para alabarle más" (Fundac., VIII, 2).

Furiosa guerra del demonio, cuando presiente el valor y firmeza de un alma. "Es terrible la batería que aquí dan los demonios, de mil maneras (cuando el alma está en perseverancia), y con más pena del alma que en la prueba pasada; porque acullá estaba muda y sorda — al menos oía muy poco —, y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer; aquí está el entendimiento más vivo, y las potencias más hábiles; andan los golpes del demonio y su artillería de manera que no lo puede el alma dejar de oír. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos de él casi eternos" (Moradas Ias., I, 3).

Asechanzas del demonio para vencer a las almas unidas con Dios. "Podréisme preguntar, o estar en dudas... por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas a los Sacramentos, y en compañía, podemos decir, de ángeles... Digo que si esta alma se estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, que está claro que no se perdería. Mas viene el demonio con unas sotilezas grandes; y debajo de color de bien, la va desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas; y poco a poco le va escureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio; hasta que de uno en otro le va apartando de la voluntad de Dios, y llegando a la suya propia" (Moradas Vas., IV, 7, 8).

Ataques del demonio en la hora de la muerte. "Y algunas que mueren después acá, he advertido que es con

tanta quietud y sosiego, como si les diese un arrobamiento o quietud de oración, sin haber habido muestra de tentación ninguna. Así espero de la bondad de Dios, que nos ha de hacer en esto merced; y por los méritos de su Hijo y de la gloriosa Madre suya, cuyo hábito traemos. Por eso, hijas mías, esforcémonos a ser verdaderas Carmelitas, que presto se acabará la jornada. Y si entendiésemos la aflicción que muchos tienen en aquel tiempo de la muerte, y las sotilezas y engaños con que los tienta el demonio, tendríamos en mucho esta merced" (Fund., XVI, 5).

El demonio es todo mentira. "Si es del demonio (lo que uno experimenta en su interior), alma ejercitada paréceme lo entenderá; porque el demonio deja inquietud, y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que causa el (espíritu) de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la verdad. Puede él hacer aquí poco daño a ninguno, si el alma endereza el deleite y suavidad, que allí siente, a Dios, y pone en Él sus pensamientos y deseos. No puede ganar nada el demonio; antes permitirá Dios que con el mismo deleite que causa en el alma, pierda mucho; porque éste ayudará a que el alma, como piense que es Dios, venga muchas veces a la oración con codicia de Él; y si es alma humilde y no curiosa, ni interesada en deleites, aunque sean espirituales, sino amiga de cruz, hará poco caso del gusto que da el demonio; lo que no podrá así hacer si es espíritu de Dios, sino tenerlo en muy mucho. Más cosa que pone el demonio, como él es todo mentira, con ver que el alma, con el gusto y deleite se humilla, no tornará muchas veces el demonio, viendo su pérdida" (Vida, XV, 10).

En otro pasaje, después de describir con trazos vigorosos el estado del alma en gracia, y el estado en que viene a parar cuando cae en pecado mortal, termina diciendo: "El intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle (a Dios), sino hacer placer al demonio, que, como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha la misma tiniebla" (Moradas Ias., 17, 1).

Es gran pintor el demonio. "Y con esto, no andéis turbadas e inquietas, que aunque no fuese de Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará; que sabe Su Majestad sacar de los males bienes; y que por el camino que el demonio os quería perder, ganaréis más. Pensando que Dios os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis a contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decía un gran letrado, el demonio es gran pintor; y si le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción, y hacer al demonio guerra con sus mismas maldades; que aunque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen que hace, si es de quien es todo nuestro Bien" (Moradas VIas., IX, 12).

Tentaciones menudas del demonio. "Pienso poner al-

gunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio; que por serlo tanto, por ventura no hacen caso de ellas... Sé que no faltará el amor y deseo en mí para ayudar lo que yo pudiere a que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos casos, podrá ser que aproveche para atinar en cosas menudas, más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen caso de cosas que de sí no parecen nada; pero a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque las sutilezas del demonio son muchas para las que están muy encerradas; porque ve que ha menester armas nuevas para dañarles. Yo, como ruin, heme sabido mal defender; y más querría que escarmentasen en mí" (Camino de Perf., Pról., 2 y 3).

II. — Maneras de resistir al demonio, y vencerle

Santa Teresa en contra de los demonios. "Es sin duda que me parecía me habían los demonios miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener hasta hoy; porque aunque muchas veces los veía, como diré después, no les he habido más casi miedo; antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo que los tienen en poco, no les quedan fuerzas. No saben estos enemigos derecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios para bien de sus siervos, que los tienten y atormenten. Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto; pues es ello así" (Vida, XXV, 20).

Otro pasaje de la actitud de la Santa contra el demonio, para enseñanza de todos. Estando Teresa en grandes angustias y aprietos de espíritu, dijo: "¿De qué temo? ¿qué es esto? Yo deseo servir a este Señor; no pretendo otra cosa sino contentarle; no quiero contento, ni descanso, ni otro bien sino hacer su voluntad; que de esto bien cierta estaba, a mí parecer, que lo podía afirmar. Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es; y que son sus esclavos los demonios; y de esto no hay que dudar, pues es fe; y siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden hacer ellos a mí? ¿por qué no he yo de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano; y parecíame verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en un breve tiempo; que no temiera tomarme con ellos a brazos; que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos. Y así,

Terribles son los ardides y mañas del demonio. "¡Oh, válgame Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí!; que todo esto le parece humildad y otras muchas cosas que pudiera decir; y viene de no acabar de entendernos. El demonio tuerce el propio conocimiento; y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto; que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro Bien; que allí deprenderemos la verdadera humildad; y en sus Santos. Y ennoblecerse ha el entendimiento; y el demonio no hará el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque ésta es la primera Morada, es muy rica; y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas de ella, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio, para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos" (Moradas Ias., II, 11).

dije: ahora venid todos; que siendo yo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer" (ib., 19).

Semejante es el pasaje que sigue, en el cual nos enseña la santa a no dar pie a los espantos de los demonios, antes, para vencerles, abrazarnos con la cruz. "Espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con otros asimientos de honras y haciendas y deleites; que entonces, juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Esta es la gran lástima. Mas, si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos de servirle de verdad, huye el demonio de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él se oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal; y atrévase a luchar con él una y muchas veces" (Ib., n. 21).

Todavía continúa en el mismo maravilloso capítulo de su Vida: "Plegue al Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra y por deleite lo que es deleite; y no todo al revés; ¡y una higa para todos los demonios!, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos: ¡demonio, demonio!, adonde podemos decir: ¡Dios, Dios!; y hacerle tambalar al demonio. Sí, que ya sabemos que no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda

que yo tengo más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo; porque él no me puede hacer nada; y estotros inquietan mucho; y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. ¡Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado! (Ib. 22).

Una breve pausa, ya que hemos oído a Santa Teresa, y aun le hemos visto hacer “una higa a todos los demonios”, para indicar qué es dar una higa. Covarrubias, en su “Tesoro” la define así: “Es una manera de menosprecio que hacemos, cerrando el puño, y mostrando el dedo pulgar por entre el índice y el medio: una disfrazada pulla”.

Falsa paz que infunde el demonio. La infunde en las almas “que hacen faltas muy frecuentes, sin hacer caso, pareciéndoles nonada; y no la remuerde, ni procura enmendarse. Torno a decir que es peligrosa paz, y que estéis advertidas de ella. Pues, ¿qué será de los que la tienen (esta paz falsa) es mucha relajación de su Regla? No plega a Dios haya ninguna (entre vosotras). De muchas maneras da esta falsa paz el demonio, que lo permite Dios por nuestros pecados” (Med. sobre los Cantares, II, 6).

Atención a la realidad de que los demonios atacan a toda clase de personas, que van por el camino de la virtud. “Mirad que en pocas moradas de este Castillo dejan de combatir los demonios. Verdad que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear (como creo he dicho que son las potencias); mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardidés, y que no nos engañe, hecho ángel de luz; que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño, entrando poco a poco; y hasta haberle hecho, no le entendemos” (Moradas Ias., II, 15).

Finalmente, la obediencia le desbarata al demonio. “Yendo con limpia conciencia y con obediencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano, que nos engañe de manera que pueda dañar al alma; antes (con la obediencia) viene a quedar engañado” (Fund., LV, 2).

Final. — “Entre Cristo y Satanás”.

Tal es el título de la XII de las “Exclamaciones” de Santa Teresa de Jesús. Es un ascua de fuego de aquel su corazón transverberado; y un resumen de cuanto ella sentía, conforme a la fe católica, y en plena adhesión a la Iglesia de Cristo, acerca del demonio y de su enconada lucha contra Cristo, los cristianos, y más contra los que tratan de seguir a Cristo con perfección.

“¡Oh mi Dios y mi verdadera fortaleza!; ¿qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razón no estuviese tan ciega, no bastarían las fuerzas de todos juntos para atreverse a tomar armas contra su Creador, y sustentar guerra continua contra quien los puede hundir en los abismos en un momento. Sino, como está ciega (la razón), quedan

como locos que buscan la muerte, porque en su imaginación les parece con ella ganar la vida. En fin, como gente sin razón, ¿qué podemos hacer, Dios mío, a los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mismo mal les hace tener grandes fuerzas; así es los que se apartan de mi Dios; gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les hacéis más bien.

“¡Oh sabiduría que no se puede comprender! ¡Cómo fue necesario todo el amor que tenéis a vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar a que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios! Cosa es que me espanta cuando considero que falta el esfuerzo para irse a la mano en una cosa muy leve, y que verdaderamente se hacen entender a sí mismos, que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasión y apartarse de un peligro adonde pierden el alma; y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer a una tan gran Majestad, como sois Vos. ¿Qué es esto, Bien mío, qué es esto?; ¿quién da estas fuerzas? ¿Por ventura Satanás, el Capitán a quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro esclavo, y puesto en fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos?; ¿cómo da ánimo al vencido?; ¿cómo siguen al que es tan pobre que le echaron de las riquezas celestiales?; ¿qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es esto, mi Dios?; ¿qué es esto, mi Criador?; ¿de dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? Aun si Vos, Príncipe mío, no favoreciéradés a los vuestros; aun si debiéramos algo a este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos tenéis guardado; y ver todos sus prometimientos falsos y traidores; ¿qué ha de hacer con nosotros quien lo fue contra Vos?

“¡Oh qué ceguedad grande, Dios mío!; ¡oh qué grande ingratitud, Rey mío! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dáis Vos, Dios mío; que paguemos el gran amor que nos tenéis, con amar a quien así os aborrece y ha de aborrecer para siempre! ¡Que la Sangre que derramasteis por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufristeis, y los grandes tormentos que pasasteis, en lugar de vengar a vuestro Padre Eterno, ya que Vos no queréis venganza, y lo perdonasteis de tan gran desacato como se usó con su Hijo; tomamos por compañeros y por amigos a los que así le trataron. Pues seguimos a su infernal Capitán, claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos al seso, y perdonarnos lo pasado.

¡Oh mortales!, volved, volved en vosotros; mirad a vuestro Rey, que ahora le hallaréis manso. Acábase ya tanta maldad; vuélvanse vuestra furias y fuerzas contra quien os hace la guerra, y os quiere quitar vuestro mayorazgo. Tornad, tornad en vosotros; abrid los ojos; pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quien la dio al mundo; entended, por amor de Dios, que vais a matar con todas vuestras fuerzas a quien por daros vida,

perdió la suya; mirad que es quien os defiende de vuestros enemigos. Y si todo esto no basta, básteos conocer que no podéis nada contra su poder; y que tarde o temprano habéis de pagar con fuego eterno tan gran desacato y atrevimiento. ¿Es porque veis a esta Majestad atado y ligado con el amor que nos tiene? ¿Qué más hacían los que le dieron la muerte, sino, después de atado, darle golpes y heridas?

“¡Oh, mi Dios!, ¿cómo padecéis por quien tan poco se duele de vuestras penas? Tiempo vendrá, Señor, donde haya de darse a entender vuestra justicia; y, si es igual,

de vuestra misericordia. Mirad, cristianos, considerémoslo bien; y jamás podremos acabar de entender lo que debemos a nuestro Señor y Dios, y las magnificencias de sus misericordias. Pues si es tan grande su justicia, ¡hay dolor!, ¡hay dolor!, ¿qué será de los que hayan merecido que se ejecute y resplandezca en ellos?”

El Vicario de Cristo en la tierra ha proclamado Doctora de la Iglesia a quien así pensó, sintió y enseñó, tan de acuerdo con la Revelación divina y el Magisterio Eclesiástico, acerca de Satán, el demonio, los demonios. Vamos del todo seguros ateniéndonos a sus enseñanzas.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Yo salvaré a mis ovejas y nunca más serán en rapiña; y juzgaré entre oveja y oveja.

Y despertaré sobre ellas un pastor, y él las apacentará; él las apacentará y él les será por pastor.

Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado.

Y estableceré con ellos un pacto de paz, y haré cesar de la tierra las malas bestias; y habitarán en el desierto seguramente, y dormirán en los bosques.

Y daré a ellas, y a los alrededores de mi collado, bendición; y haré descender la lluvia en su tiempo, lluvias de bendición serán.

Y el árbol del campo dará su fruto, y la tierra dará su fruto, y estarán sobre su tierra seguramente; y sabrán que yo soy Jehová, cuando quebraré las coyunturas de su yugo, y los libraré de mano de los que se sirven de ellos.

(Ezequiel, 34, 22-27)

ACTE DE FE SACERDOTAL

EN LES MEVES NOCES D'OR

(Dbre. 1920-Dbre. 1970)

Com sol brillant sobre el nacre
— ¿retoricar-la podré? —
la data bé me la sé
de la meva unció sacra
que avui, més que mai, revé.

De l'inefable conveni
amb Jesús — acer ardent
me'l gravà a l'enteniment —
es compleix ja el quint deseni
que em commou profundament.

Jo no us elegí, Senyor,
fóreu Vós qui me cridàreu
— fang i fust — i em confiàreu
el misteri salvador
que als àngels causa estupor.

Del demà amb gran descurança,
de càrrecs sens cobejança
partí on fui destinat,
desentès a tota ultrança
d'honors, que cap n'he cercat.

El que em calia és que arrelí
en els cors, i en solc pregon,
el sentit de l'Evangeli:
la humilirat, *via coeli*,
que els poderosos confon.

¡Quina sort, al possessori
d'uns immerescuts poders,
els més alts de l'univers!
No cap tal consagradori
en el ritme del meu vers.

¡Sort de llescar el Pa a la gent
en sant adoctrinament,
el Breviari — ¡oh ventura! —
poder resar amb l'Escriptura,
i absoldre — ¡diví portent!

¿Com vaig servir el santuari?
¿Sortí retent la labor
al llarg del cinquatenari?
¿Hauré malversat, Senyor,
dins un clot l'únic denari?

Anc que faltés, negligent
per ma pròpia feblesa,
puc dir que, sempre amatent,
he servat la fe promesa
en qualsevol cap-de-vent.

I em plau d'haver acoblat
el sacerdocí estimat
amb l'afany de cada dia,
humilment encomanat
a Dona Santa Maria.

Saltant cinquanta anys enrera
me trop amb l'amor primera
en que vaig fer, el Crist, present;
i ma fe avui treu cimera
per l'altar i el Sacrament.

En l'aniversari meu
l'ànima exalta de festa.
Ara cabalment em resta
alçar al cel la veu xalesta
per donar gràcies a Déu.

Amb el meu àngel per guia
¿colliré encar pel camí
qualque brot de poesia?
Brilli al menys, com fins aquí,
la companyona alegria
talment arc-de-sant-Martí.

BARTOMEU GUASP GELABERT
Prevere

Palma de Mallorca.

EL CULTO A DIOS ¿TAMBIEN DESFASADO?

Es posible que, a algunos, parezca absurdo, el título de este trabajo: todo cristiano sabe, que, el culto debido a Dios, es consecuencia lógica, del primero y principal de los Mandamientos divinos. Honrar al Señor, con el culto, que, a su Soberana Majestad es debido, es, no sólo mandato de ley divina, sino imperativo de la misma ley natural. El Papa Pío XII, de inmortal memoria, enseña que: “El deber fundamental del hombre, es, sin duda alguna, el de orientar hacia Dios, su persona y su propia vida. Ahora bien, el hombre se vuelve ordenadamente a Dios, cuando reconoce su majestad suprema y su magisterio sumo, cuando acepta con sumisión las verdades divinamente reveladas, cuando observa religiosamente sus leyes, cuando hace converger hacia Él toda su actividad, cuando, por decirlo en breve, da, mediante la virtud de la religión, el debido culto al único y verdadero Dios” (Enc. Mediator Dei, núm. 4).

La Santa Iglesia Católica, cumple el deber fundamental de dar culto al Señor, a través de la Sagrada Liturgia, especialmente en la celebración del Sacrificio Eucarístico. El Concilio Vaticano II, nos recuerda que: “Realmente en esta obra tan grande, por la que Dios, es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor, y por Él, tributa culto al Padre Eterno” (Const. sobre Sagrada Liturgia, Cap. I, núm. 7). Sin embargo, además de los actos del culto litúrgico, damos también digno culto a Dios, a través de acciones piadosas, que, si bien no están encuadradas dentro de la Liturgia oficial, no le son ajenas, siempre que reúnan las condiciones exigidas por Quien tiene la autoridad de Cristo en su Iglesia. En la Encíclica, Mediator Dei, ya citada, del Papa Pío XII, en el núm. 44 leemos: “Cuando hablamos de genuina y sincera piedad hemos afirmado que no podía haber verdadera oposición entre la Sagrada Liturgia y los demás actos religiosos, si éstos se mantienen dentro del recto orden, y tienden al justo fin; más aún, hay algunos ejercicios de piedad que la Iglesia recomienda mucho al Clero y a los Religiosos. Pues bien, queremos que el pueblo cristiano no se mantenga ajeno a esos ejercicios. Estos son, para citar sólo los principales, las meditaciones espirituales, el diligente examen de conciencia, los santos retiros instituidos para meditar las verdades eternas, las piadosas visitas a los Sagrarios eucarísticos, y aquellas particulares preces, y oraciones en honor, de la bienaventurada Virgen María, entre las cuales, como todos saben, sobresale el Santo Rosario”.

El Concilio Vaticano II, abunda en el mismo sentir; leemos en la Constitución sobre Sagrada Liturgia: “Con todo, la participación en la Sagrada Liturgia, no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su

cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol”... y más adelante, en el número siguiente: “Se recomiendan encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano, con tal que sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, en particular, si se hacen por mandato de la Sede Apostólica”... y al final del número: “Ahora bien, es preciso que estos mismos ejercicios se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la Sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la Liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos” (Const. sobre Sagrada Liturgia, Cap. I, núms. 12-13).

Salta a la vista que, para que el culto religioso, sea grato a Dios, ha de constar de dos elementos inseparables: vitalidad interior y expresión exterior. Por lo mismo, el verdadero culto, es un auténtico ejercicio de fe, de esperanza y sobre todo de amor, y a su vez, la actuación en el culto divino, robustece la vida teologal. De nada vale la mera actuación exterior en la Liturgia, si falta la unción del espíritu, la devoción interior. Claramente leemos en el Santo Evangelio, cómo el culto a Dios, sin el fervor del espíritu, es decir, sin el amor, es vano; San Marcos, en su Evangelio dice: “Ese pueblo me honra con los labios, mas su corazón, anda lejos de Mí; es vano el culto que me rinden, enseñando doctrinas y preceptos de hombres” (Mc. 7-6). El Papa Pío XII, en la Encíclica Mediator Dei, expone ampliamente la necesidad de que, el culto divino, armonice en íntima unión, los dos elementos, interno y externo, y dice textualmente que, “el elemento esencial del culto, tiene que ser interno”... y sigue, “De otra suerte, la religión se convierte en formalismo, sin fundamento y sin contenido” (Mediator Dei, núm. 8). Una detenida lectura, a la Constitución sobre Sagrada Liturgia, nos confirmará, en la necesidad del elemento interno en la Liturgia, si la participación ha de ser personal, consciente; en la citada Constitución, está claro, el sentir del Concilio Vaticano II, a este respecto

De lo dicho, no se sigue que la expresión externa del culto no tenga importancia, y que basta con rendir al Señor un culto meramente interno. No es éste el sentir de la Iglesia. El hombre está compuesto de un elemento externo, material: el cuerpo, y de otro elemento, inmaterial, espiritual: el alma; ambos son igualmente necesarios para constituir el hombre. Así, el verdadero culto a Dios, pone en movimiento todo el hombre, y por ello nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, cuando nos quiso enseñar, como hemos de orar al Padre, proclamó con una fórmula breve, la oración más bella, más profunda y más llena de contenido sobrenatural y humano, que hayan oído los siglos: el “Padre nuestro”, que, desde hace veinte siglos vienen recitando millones y millones de hombres.

San Pablo, exhorta a los suyos a que: "Con toda sabiduría enseñandoos y animandoos unos a otros, con salmos, con himnos, y cánticos espirituales, cantando de corazón, bajo la gracia de Dios" (Col. 3-16). Todo el Magisterio de la Iglesia en el correr de los tiempos, nos habla del culto que debemos a la Majestad divina, en su doble aspecto, ambos inseparables. Es maravilloso el cuidado, de la Iglesia, en ordenar el culto oficial a fin de que, sin cesar, se tribute al Señor, la alabanza, el honor, la adoración, y que, en esa misma oración, encuentren los fieles alimento adecuado para robustecer su vida de fe; mediante la participación en los actos del culto, el cristiano se afirma en su fe, viva por la caridad operante y que se acrecienta con la alabanza divina.

A este propósito son muy oportunas las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, dice: "Aunque la Sagrada Liturgia sea principalmente culto de la Divina Majestad, contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración. Más aún, las oraciones que dirige a Dios el sacerdote que preside la Asamblea representando a Cristo, se dicen en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstantes. Los mismos signos visibles que usa la sagrada liturgia han sido escogidos por Cristo o por la Iglesia para significar realidades divinas invisibles. Por tanto, no sólo cuando se lee "lo que ha sido escrito para nuestra enseñanza" (Rom. 15-4), sino también cuando la Iglesia ora, canta o actúa, la fe de los asistentes se alimenta y sus almas se elevan hacia Dios a fin de tributarle un culto racional y recibir su gracia con mayor abundancia" (Const. sobre Liturgia, Cap. I, núm. 33). Una vez más la Iglesia Católica pone claramente de relieve cómo el culto divino, tributado a Dios, a través de la Liturgia, contiene una gran instrucción para el pueblo fiel, pero destaca, sin dejar lugar a duda, que principalmente la Liturgia es culto a la Majestad divina.

Es extraño que estando tan claro el sentir de la Iglesia, de todos los tiempos, respecto al honor tributado al Señor en el ejercicio del culto sagrado, sin embargo y pese al entusiasmo despertado por la reforma litúrgica promovida por el Concilio en las acciones litúrgicas, se procura acentuar más la dimensión humana de las mismas, restando así al culto católico algo o mucho de fuerza a su verticalidad. Es frecuente, observar, como en las catequesis sobre la Misa, su acentúe demasiado, su carácter de Asamblea del pueblo de Dios, para conmemorar la Cena del Señor; ser digno de unidad entre los hombres; vínculo de caridad fraterna, etc.; todo lo cual es verdad, pero no toda la verdad. Es una verdad de fe, que Cristo, en su última Cena, dejó establecido un auténtico Sacrificio, el de su Cuerpo y Sangre; sabemos que el Sacrificio es el acto cumbre de toda religión, y que, la Iglesia Católica, ofrece a la Majestad divina, el Único Sacrificio, digno de Dios, pues el mismo Dios, es la Víctima que se ofrece y el Sacerdote principal que inmola.

De ahí, que la Santa Misa sea el acto central de la Liturgia católica. Por su misma naturaleza el Sacrificio eucarístico, nos pone en contacto con lo divino; su verticalidad es clara. Pretender que el Santo Sacrificio de la Misa, que es acción de Cristo y de su Iglesia, como repetidas veces nos recuerda el Concilio Vaticano II, sea simplemente una acción litúrgica que fomente la unión, amistad y amor entre los hombres, es despojarlo de sus realidades más profundas, más bellas, más fecundas, y que, por ser más divinas, son también más humanas. La Misa es la fuente de cuantas gracias recibe la humanidad; todos los Sacramentos, producen la Gracia, de la cual, Cristo es el autor; con su Sacrificio nos lo ha merecido y en la Santa Misa se nos aplican sus méritos, que son infinitos; al ser un Sacrificio, se ofrece primariamente a la Majestad de Dios; nos es necesario recordar los fines del Sacrificio del Altar, y como la misma adoración eucarística, tiene íntima conexión con el Sacrificio; son dos realidades inseparables de un único misterio.

Algo parecido ocurre con la oración, que es trato del alma con Dios, así, en vertical; sin intermediarios, y es trato de amor, personal, íntimo, en vida de fe. No se concibe una oración horizontal; si excluye el trato directo, le resta intimidad, en fin, no es oración; será otra cosa, amor fraterno, amistad, o auténtica caridad sobrenatural, pero no oración, que es distinto. Ciertamente que la oración no es fin, sino medio, pero medio, muy apropiado, para fomentar la vida cristiana; es precepto del Maestro, que arranca del amor a Dios, que nos impele a buscar su intimidad, su compañía, y a su vez, enciende el alma, en divino amor.

Para quienes, siguiendo las enseñanzas de la "corriente profética", que pretende presentar al mundo, la faz de la nueva Iglesia, encarnada, desacralizada, secularizada, es lógico, que, cuanto dice relación al orden sobrenatural, lo consideren, como algo superado, que se debe abandonar; no quieren cultos "idolátricos", y con pretextos de pobreza, quisieran despojar a la Iglesia, de sus templos, catedrales, monasterios, y cuanto sirva para el culto divino; la misma vida religiosa, el sacerdocio, y cuanto, de alguna manera habla del orden sobrenatural, debe ser actualizado, según sus doctrinas, que, por su oposición, en muchísimas cosas, a la verdadera doctrina de la Iglesia, ella mismas se condenan. Es injusto que, quieran apoyar su afán desacralizador e iconoclasta, en el mismo Cristo, diciendo, que "nos dio un curso de desacralización"; es impía tal afirmación, y contradice a la verdad.

Es posible que, aun sin pretenderlo, los católicos, suframos algo de influencia de los "grupos proféticos", y otras desviaciones doctrinales, en materia religiosa; el hecho, es que, el culto tal como ordinariamente se celebra, carece de aquella noble dignidad, de que nos habla la Constitución sobre Sagrada Liturgia; no sólo se ha empobrecido, sino que nuestras acciones litúrgicas, las queremos realizar tan a nivel humano, que perdemos de vista, que, por encima de todo, es culto a Dios; se ha

perdido mucho el sentido de lo sagrado, de lo divino; celebramos la Santa Misa, y otros actos cultuales, sin aquella unción espiritual, que reclama, la comunicación con lo divino y sobrenatural, y más, si se trata de sacerdotes, que, actúan, "in persona Christi". Claramente se notan influencias de un naturalismo, que pretende, invadir lo más divino de nuestra fe, el culto a Dios, la comunicación personal, con Él. No podemos justificar tal actitud, con la Encarnación de Cristo, Hombre-Dios, que, sigue siendo, "Él que es". Podemos estar bien seguros, que, en la medida que apartemos de Dios nuestra atención, nos desviamos de la línea del verdadero amor, no sólo divino, sino también humano.

El hombre, sociable, por naturaleza, tiene el deber de tributar su homenaje de amor y adoración a Dios, no sólo personal, interno y externo, sino también social; las sociedades, los pueblos, deben rendir culto a la Majestad divina, con públicas manifestaciones de fe; al menos no deben impedirlos, pues no cabe duda que, con ello, se cumple con un deber social, hacia Aquél, de quien deriva toda potestad. Expresiones mal empleadas, o bien por que se utilizan con sentido equívoco, o bien porque carecen del sentido que falsamente se les atribuye, influyen en el ánimo de muchos católicos, que, cualquier manifestación pública y social de fe y amor a Dios, la tildan, sin más, de triunfalismo, enterrado en el último Concilio. Mucho habría que decir, respecto a los tópicos, tan en moda y que tanto daño hacen, a quienes por carecer de sólida formación religiosa, fácilmente se les induce al error; no todos los fieles aciertan a descubrir el error, que se oculta detrás de frases o expresiones ambiguas.

La Iglesia, no ha suprimido la solemnidad en las acciones litúrgicas; todo lo contrario; lo que sí desea, es que, los actos del culto, en nada se parezcan, en su expresión externa, a espectáculos profanos. Todo ha de estar en función de su carácter sagrado; sin embargo, es difícil, encontrar Iglesias, donde se celebre la liturgia, no sólo con decoro, con fervor y unción religiosa, sino también, con cierta solemnidad exterior, que, no cabe duda, sin ser esencial a la misma acción litúrgica, la ennoblece; leemos en la Constitución conciliar sobre Liturgia: "La acción litúrgica reviste una forma más noble, cuando los oficios divinos se celebran solemnemente, con canto, y en ellos intervienen ministros sagrados y el pueblo participa activamente" (Const. sobre Sagrada Liturgia, cap. 6, núm. 113). Otro tanto cabe decir, de los ornamentos, vasos sagrados, instrumentos musicales, clases de música y canto, aptos para el culto; de todo ello, nos habló el Concilio, en términos claros, y que, en modo alguno justifican el empobrecimiento del culto, que se observa. Debemos procurar todos dignificar el culto divino, siguiendo en todo las directrices del Supremo Magisterio de la Iglesia; esto exige como punto de partida, una vida de fe muy cultivada, que, a su vez, despertara en nosotros, el sentido de lo sagrado y sobrenatural, tan apagado, en los hombres de hoy;

sólo así, nuestro culto será el que debe, homenaje rendido a Dios nuestro Señor, por ser Quien es, y de ahí, brotaran para nosotros, como de fuente, todos los bienes. Si en el culto divino, damos a Dios, lo que es de Dios; si nos esmeramos en realizarlo con fervor, con preparación, con decoro, seguros de que, con ello enriquecemos a la misma Iglesia, será más fácil, que los fieles, entiendan el lenguaje del misterio, a través de los signos, de los símbolos, o de las misteriosas realidades que encierran; siempre serán manifestaciones de fe, de esperanza, de caridad, y la Palabra de Dios, escrita, que con profusión se utiliza, en las acciones litúrgicas, nos será familiar, si por la fe y el amor, vivimos centrados en Él; por otro lado, la oración, nos pone en comunicación con la Eterna Sabiduría, con el Verbo del Padre, que nos abrirá el sentido de las Escrituras; sólo Él, puede hacerlo, y será entonces cuando, gustaremos de alabar a Dios, porque el Espíritu de Dios, nos mueve a ello, y sin duda, encontraremos en la alabanza divina, en la adoración y acción de gracias, elementos que rebustecen nuestra vida interior, nuestra oración, nuestra contemplación.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución varias veces citada, enseña: "En la liturgia terrena preguntamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con Él" (Const. sobre Sagrada Liturgia, cap. 1, núm. 8).

Por todo lo dicho, se ve bien claro, como el culto divino, ni está superado, ni puede reducirse a reuniones religiosas, ordenadas a fomentar la amistad y amor fraterno, como si sólo pudiéramos hallar a Dios en los otros. La fe nos dice que podemos comunicarnos con Dios, por el lenguaje del amor, fundado en la fe, y Cristo dejó bien sentado que: "El Reino de Dios, dentro de vosotros está". El culto es la expresión de la virtud de religión, que, después de las virtudes teologales, es la más excelente. El que se afana en buscar a Dios, lo encuentra, sin duda, y el que de veras trata con Dios, a través de la oración, a través de la participación en la Liturgia, sabrá encontrar también a Dios, en los hermanos, sin excepción, porque es imposible amar a Dios y no amar a Dios y no amar a los hermanos. Lo que no se debe, es cegar las fuentes mismas del amor divino, con pretexto de buscar a Dios, en los demás; es muy posible que terminemos por encontrarnos sólo con el hombre. Guardémonos de cierto humanismo inmanentista, que puede minar las raíces más profundas de nuestra fe.

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXIV

LA GUERRA BALKANICA: PRELUDIO DE LA I GRAN GUERRA

El avispero balcánico

Creemos indispensable trazar aquí un resumen de lo que fue la Guerra (o mejor dicho, las dos Guerras) balcánica 1912-1913, por haber constituido el Prólogo de la Grande. Sin embargo, nos queremos limitar, adrede, a un solo artículo. Y la razón es la clásica: que tememos que los árboles no nos dejen ver el bosque. Es un laberinto, un avispero tal toda la cuestión balcánica —de otra parte con anécdotas apasionantes en una época que lo es tanto—, que, de no resumirla, nos iríamos por las ramas con el riesgo de perder el verdadero hilo, el nervio de la marcha, casi nos atreveríamos a decir, fatal de la Historia, hacia la inminente e inevitable conflagración.

Es conocido el origen y desenvolvimiento de los países o Estados balcánicos. A despecho del escaso celo cristianizador de las grandes Potencias europeas, por la ineluctable marcha del mundo, el Imperio otomano, por fortuna en plena descomposición (no por ello, sin causa, es llamado, en la diplomacia del tiempo, “el hombre enfermo”, ya que de sus tremendos achaques brotaba, como manzana de discordia, en Europa, a cada momento, la cuestión de Oriente), había debido retirarse del espacio, demasiado grande, que ocupara en Europa. Entre 1825 y 1830 la primera en iniciar la liberación del yugo, fue Grecia. Siguió luego un inicio de autonomía de Moldavia y Valaquia, principados danubianos; más tarde Servia y luego Bulgaria, que siguió por más tiempo en situación, de hecho libre, oficialmente tributaria. Y el pequeño Montenegro. El Congreso de Berlín, en pleno apogeo de la influencia Bismarckiana, en 1878, que, en realidad (pues no contentó a nadie), detuvo, sobre todo, la expansión de Rusia y le impidió dominar al turco e incluso, quizá, llegar a los Estrechos, consagró el *statu quo*, defendiendo en cierto modo del citado Imperio otomano, bien que consagrando todos los antes llamados principados. Como consecuencia, en 1881 Rumania (la unión de la Moldavia y de la Valaquia) se consagra en Reino en 1882, al tiempo que Servia y que Bulgaria. En 1885, esta última, en forma más o menos autónoma y, repetimos, tributaria, se agranda con la Rumelia, y ya la Turquía europea queda reducida a una franja, cierto que aun grande, pero franja

al fin, como pasadizo desde Constantinopla a las costas albanesas en el Adriático. Todo ello no sin grandes luchas, no sólo contra el aún latente poderío otomano, sino de los nuevos y jóvenes países entre sí, destacando, por motivos raciales —de mucha importancia política y bélica a lo largo de los tiempos—, entre Servia y Bulgaria. Típicamente eslava aquélla, y mestiza ésta, y sintiéndose ambas llenas de la ambición de constituirse en el Piamonte de los Balkanes y encabezar su movimiento liberador.

Marionetas de las grandes potencias

Huelga decir que, en este avispero, donde se jugaba, además, nada menos que la herencia (directa en lo europeo, y aun indirecta en lo asiático) del Imperio turco en liquidación, todas las potencias grandes de Europa cuidaban de intervenir, probando de utilizar, cada una como marioneta, a cada Corte (pues la forma de Gobierno de todos era monárquico) imponiéndole un monarca “cliente” suyo.

Al principio, el bloque germano-austro-húngaro, por el prestigio de Bismarck y su prepotencia, llevó la mejor parte. En Rumania logró la instauración de una rama de los Hohenzollern, que, a despecho de sus nombres de Carol o de otros más latinos, en su “balanza” entre Austria-Hungría y Rusia, siguió mucho tiempo más bien fiel a la primera. En Bulgaria a Alejandro de Battenberg, y al caer éste más tarde víctima de sus locuras, a la dinastía Coburgo-Gotha (asimismo emparentada, naturalmente, con la belga) con el Zar Fernando (en Bulgaria a su monarca se le llamaba pequeño Zar). El príncipe, y luego Rey Constantino de Grecia casaba con la Princesa Sofía, y se convertía en cuñado del Kaiser de Alemania. De todas formas, la fidelidad de todas estas familias reinantes hacia su país de origen, no siempre fue absoluta ni mucho menos. Mayor drama fue el de Servia y su dinastía Obrenovich, enfeudada a Austria (el famoso Rey Milán y la Reina Draga). Fueron asesinados tras una revolución de Palacio, y sustituidos por el Rey Pedro, de los Karageorgevitch, totalmente entregados a Rusia. Por

esta razón, desde principios de siglo en que ocurrió esto, puede afirmarse que, en el avispero balcánico, sujeto a todos los vaivenes, solamente existe una línea inmutable: la protección de Rusia a Serbia, convirtiendo a este último País en la marioneta de la corte de San Petersburgo, y en constante asechanza contra la de Viena, e “irredentismo” latente sobre Bosnia-Herzegovia, desde 1908 provincia de los Habsburgo (administrada por ellos desde hacía 50 años). Todo lo demás, es un perpetuo caos, un temporal de oleaje. Desde los mismos inicios del siglo, sin embargo, existe otra línea, no tan firme, pero también casi inmutable: la protección de Alemania (no siempre eficaz) hacia el decadente Imperio turco, probando de defenderle ante su enemigo secular y natural: Rusia, y el empeño de ésta en llegar hasta Constantinopla. Y es de notar que Turquía, por esta razón anti-eslava, había de gozar, a su manera (y ello detuvo, más de una vez, su descomposición más rápida), simultáneamente, de la protección inglesa y de la alemana, no acabando la primera hasta ya adentrado en siglo xx en que el Rey Eduardo VII extiende su “Entente cordiale” hacia su, hasta entonces, rival Rusia.

Y es evidente que la enemiga, a que antes nos hemos referido, racial, entre Serbia y Bulgaria, cuando las circunstancias no les juntaban en su común lucha contra el Imperio otomano, situaba a la primera en la órbita, como hemos dicho, de S. Petersburgo, y a la segunda en la de Berlín-Viena.

La coalición balcánica

Dejando aparte otras consideraciones de más oscura diplomacia y altas influencias exteriores, la guerra italo-turca, a que nos hemos referido en el anterior artículo, ofreció una excelente ocasión a los países balcánicos para tratar de expulsar al poderío del Sultán de Europa, de la que aún ocupaba el antes citado notorio corredor de Macedonia, de Tracia y de Albania.

Casi al mismo tiempo que el Imperio otomano cerraba su paz con Italia (30 septiembre 1912), los Estados balcánicos, unidos, y de hecho bajo el liderazgo momentáneo, como poseedora del ejército al parecer más aguerrido, Bulgaria, con la sola excepción de Rumania, declaraban la guerra en 18 de octubre.

Que esta guerra tenía marcado signo eslavo (aun y con la colaboración de Grecia) era evidente, así como la simpatía de Rusia. Y aquí se produjo una fuerte sorpresa para Alemania y para Austria-Hungría, que estimaban que todos los antes citados pequeños países balcánicos no debían de poder nada ante el, aún considerable, poderío de la Puerta. En Constantinopla, en 1908, los “Jóvenes turcos” habían depuesto al Sultán Abdul-Hamid que reinaba desde 1876, y habían aumentado, si cabe, aún más, la anterior tendencia germanófila. Pero el ejército turco, aun cuando tan aguerrido, por hallarse en plena desorganización, había de dar la mayor de las sorpresas. Y ésta fue la del triunfo de los pequeños aliados balcá-

nicos tras de lo que hoy llamaríamos “guerra relámpago”. Antes de fines de mes (menos de 15 días), los búlgaros, llevando el mayor peso, conquistaban Andrinópolis, llegaban al Egeo y amenazaban Constantinopla. Los griegos llegaban a sitiar Janina y ocupaban el Epiro. Los serbios, la Macedonia y la Albania llegando hasta Durazzo, e, incluso, el pequeño Montenegro, sitiaba a Scutari. En 4 de noviembre, la Puerta pedía la paz. Y en 13 de diciembre se reunía en Londres una conferencia.

Fuertemente sorprendidas por la derrota otomana, Alemania y Austria-Hungría debieron resignarse al triunfo eslavo en la península de los Balkanes, poniendo todo su interés, de momento con éxito, en que la expansión de Serbia, ya que era inevitable, se efectuase hacia Macedonia, y cerrándole la salida al Adriático, con lo que el pequeño País se hubiera convertido en un “brillante segundo”, leader de los eslavos del Sur, y amenazando con toda clase de irredentismos (como ya lo hacía) a sus co-raciales de las provincias del sur del Imperio austro-húngaro: croatas, eslovenos, bosnios y herzegovinos. Para ello la diplomacia austriaca logró, como mal menor, la creación —ciertamente hartamente artificial, pues se trataba de una zona sin ninguna esencia de nacionalidad— de Albania, como “dique” contra los serbios, en tanto que éstos debían compensarse —como hicieron— con enorme trozo de Macedonia, en menoscabo de Grecia y, sobre todo, de Bulgaria, que se creía con mayor derecho que todos los demás, pues es la que había debido afrontar más directamente al ejército otomano.

Ello determinó, en julio de 1913, una sorpresa. Una guerra entre los vencedores. Bulgaria, reclamando mayores conquistas, atacó a Serbia y a Grecia, y, realmente, su acción ha sido calificada por todos como de traición. Y en forma tan inelegante, que provocó la reacción de todos. Hasta Rumania, que había estado quieta, se aprovechó, para arrebatar a la corte de Sofía la Dobrutja. Y Turquía reaccionó, y reconquistó a Andrinópolis, que ya se había resignado a ceder, y que desde entonces aún conserva.

Con esto se llegó al Tratado de Paz final de Bucarest de 3-6 de agosto. Turquía lo perdía todo, excepto la pequeña zona Andrinópolis-Constantinopla. Grecia llegaba a Salónica, hasta parte del Epiro y se hacía, de una vez, suya la tan justamente suspirada secularmente Isla de Creta, evidentemente griega en toda justicia. Serbia llegaba desde el Danubio hasta el sur de la Macedonia, y la misma Bulgaria, bien que dignamente castigada, obtenía un notable “corredor” (que había de volver a perder en 1918 al fin de la I Gran Guerra en beneficio de Grecia) de salida al mar Egeo. Y se constituía, como hemos dicho, el nuevo, flamante y artificial Reino de Albania. Desaparecía para siempre el “Sanjak” de Novi-bazar, pedazo turco que separaba a Serbia de Montenegro, y que había sido temporalmente ocupado, en otras épocas, por Austria. Y quedaban, como nunca, delineadas dos zonas de influencia: Serbia (por eslavismo) y Grecia (pese a su Rey Constantino, y por su carácter cada vez

más marítimo) del lado de la "Entente". Bulgaria y Turquía del de Alemania-Austria-Hungría. Rumania, siempre poco de fiar, con reivindicaciones de un lado (Besarabia contra Rusia) y del otro (Transilvania contra Hungría). Y en fin, cerrando aquel "corral de los chicharos" internacional, Albania, reino de Opereta.

La opereta albanesa

Como decíamos en nuestro anterior artículo, esto constituyó la nota bufa del cuadro, y un éxito asaz menguado para la diplomacia austriaca, que a duras penas logró fuese preferido —al proponer cada Potencia un príncipe-cliente que imponer al salvaje nuevos país independiente—, un cliente suyo alemán, el Príncipe de Wied, de uno de tantos antiguos estadillos de la vieja Confederación Germánica, y con más blasones que talegas. Y tan cuidado el pobre, que jamás pudo establecerse como no fuera en alguna ciudad del litoral, rodeado de una misera corte. En cierta ocasión hubo de huir y refugiarse en un crucero italiano, esta vez caritativa y compasivamente mandado por Giolitti olvidando sus querellas... porque, pasando a la seriedad otra vez, en lo de Albania se veía que Italia y Austria-Hungría seguían siendo, a pesar de la teórica "Triplice", inevitables enemigas. Ya denunciábamos, en nuestro anterior artículo que, si Austria-Hungría alcanzaba, tras duras penas, la más mínima ventaja (que, desde la anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908, la cual a su vez no hizo sino consagrar un estado de hecho, se limitaban a pequeños éxitos morales), su "fiel aliada" Italia ya le venía con la pretensión de una compensación, que, cuando era modesta, no pretendía menos que la cesión del Trentino o de Trieste, cuando no de alguna isla del litoral dalmata.

La revancha de Liman von Sanders

Consciente Alemania de la inminente defección italiana, tras las Guerras balcánicas vino preocupándose de

suplir al aliado infiel procurándose otro. Asunto difícil, pues la política de "encerclement" desarrollada desde Eduardo VII por la "Entente anglo-franco-rusa" estaba dando sus resultados, y Alemania estaba quedando sola, sin más auxilio que el Austria, no ya en Europa, sino cuanto más, en el mundo entero. La "debacle" experimentada por el decadente Imperio otomano echó a éste, definitivamente, en manos de Guillermo II, como su único posible salvador. Una nueva guerra, ya sería la partición, en principio estudiada, de todos los dominios que quedaban al Sultán, entre Inglaterra y Rusia: incluso no parecía imposible, entre ambas, llegar a una convención sobre los Estrechos que hubiera parecido imposible en el siglo XIX, en la época de los Disraeli o de los Zares Alejandro.

El ejército turco había sido batido, no por inferioridad del carácter bélico de una raza tan aguerrida y salvaje, sino, simplemente, por su anticuada desorganización. Para ello, Alemania mandaba a uno de sus mejores generales a Constantinopla, Liman Von Sanders, a quien el Sultán encomendaba la modernización de su ejército.

Militarmente hablando, la defección de Italia quedaba compensada con creces. Alemania se aseguraba un aliado —aun cuando no propiamente una gran potencia, pero aun un Imperio muy grande— temible. Y la labor técnica de los militares germanos fue admirable, acreditándolos una vez más. En poco más de un año, Von Sanders reavivaba el ejército otomano que había sido vencido por unos pequeños países, y lo ponía en condiciones de ser un aliado efficacísimo y fiel, que durante cuatro años había de hacer frente a todas las fuerzas coaligadas de todos los Dominios del Imperio británico, de la India, de las posesiones francesas, amenazando a Egipto, y rechazándolos a todos en los Dardanelos. Turquía cayó —tampoco, sin embargo, para ser justos, perdió mucho la causa de la civilización con ello— ante el empuje de los ANZAC, es decir, de ejércitos llegados de todo el mundo, pero, desde el punto de vista de su combatividad, fue, sin duda, el aliado más fiel y más eficaz que Alemania hubiera podido soñar en ganarse.

(Continuará.)

LUIS CREUS VIDAL

...el hombre experimenta una lamentable tendencia a intentar todos los recursos imaginables para hacerse feliz por sí mismo, antes de aceptar la felicidad que su Dios le ofrece. Pero no es menos cierto que quiere ser feliz a cualquier precio, y que si llega a convencerse de que cuantos intentos haga para prescindir de Dios no hacen más que alejarse de la felicidad que busca irresistiblemente, forzosamente ha de acabar por el único camino que permanece abierto.

ENRIQUE RAMIÈRE
"Las Esperanzas de la Iglesia"



MAS RESPETO AL NIÑO JESUS

Para las expansiones piadosas de Navidad, de unos años a esta parte, se ha metido la práctica, y Dios no permita que degenera en costumbre, de exponer y vender imágenes del Niño Jesús, recostado entre pajas, pero en actitudes poco piadosas, irreverentes, de mal gusto, impropias de una persona divina.

El hijo de Dios, al revestirse de nuestra carne, aceptó las limitaciones y deficiencias comunes a la naturaleza humana: Él iba a sufrir hambre, sed, cansancio, molestias... Pero no podía deslizarse hacia actitudes y modales que de una u otra manera desentonaran con su unión hipostática, o fueran contrarios a la perfección de la gracia.

En los niños, las posturas inmodestas y ridículas no suponen ninguna imperfección moral; y se explican por la inconsciencia infantil, por una mala crianza y por ese espíritu de comodidad y sensualidad, peculiar de ellos y sin formar aún. Entiendo aquí la palabra sensualidad como inclinación al goce inocente de los sentidos, sin otra malicia. Pero los adultos son conscientes y libres en sus actos. Una actitud o postura fea, disforme o repulsiva se opone a las expresiones reclamadas por la urbanidad y el decoro; y denota imperfección o defecto moral, espontáneo o adquirido. Para reprimir o censurar dichas manifestaciones invocaríamos también el buen gusto y la delicadeza de los circunstantes, y la corrección

y distinción con que debemos todos presentarnos en público.

¡NO ES UN NIÑO COMO LOS OTROS!

Al Niño Jesús, para estos efectos, debemos considerarlo como un adulto. Su voluntad humana, instrumento de la divinidad, tenía virtud para conducir y dominar al apetito sensitivo, de acuerdo completamente con su razón, y exento de toda concupiscencia o inclinación desordenada al placer de los sentidos, que balbuciente aún e infantil ocasiona en los pequeños tantos ademanes y gestos raros, violentos y caprichosos.

Dotada aquella alma de ciencia infusa desde el primer instante de su ser como hombre-Dios, siempre presente a sus actos y siempre consciente también de su personalidad divina y de la presencia, ante Él, de un Padre infinitamente santo, tenía que sentir repugnancia y repulsión contra gestos y modales inelegantes, grotescos o inmodestos. Él nunca conoció la edad de la inconsciencia ni de la irreflexión, como los demás niños.

Una madre, si quiere educar bien a su hijito, irá corrigiendo desde el principio, suavemente y sin que aquel lo note, esas inclinaciones a morderse las uñas, a llevarse los pies a la boca cuando está acostado... como con tanta irreverencia fingen ahora al Niño Jesús.

Su perfección infinita, y aun su

dignidad humana, hacían imposible en Él todo lo que en cualquier otro pequeñuelo de su edad fuera digno de educación y de corrección. Sería impío suponerle una manifestación de mala crianza infantil, tan frecuentes e inevitables en los demás niños.

De algunos santos leemos que guardaron, desde su tierna infancia, ostentable finura, pulcritud y recato en todos sus movimientos. Si la historia no puede aceptar como indiscutibles muchas de esas narraciones, nuestra fe de cristianos nos prohíbe imaginar en el Niño Jesús posturas descompuestas o extravagantes, y nos asegura el buen gusto y el primor del Dios hecho hombre, en todos sus ademanes, y desde sus años infantiles.

En definitiva, tales imágenes se oponen a la perfección reclamada por la unión hipostática y a las exigencias ontológicas de la persona divina del Verbo encarnado. Queda el Niño Jesús en la misma categoría que otro niño cualquiera. Presentarlo así es negarle práctica y plásticamente su divinidad.

RESTAUREMOS LA NAVIDAD CRISTIANA

En los Estados Unidos, comerciantes judíos se dedican a fabricar y vender objetos de artesanía religiosa. Son respetuosos hacia el culto católico. En ninguna de dichas tiendas vi figuras así.

Durante la segunda república española, tan persecutoria, a nadie se le ocurrió tampoco atacar nuestras devociones deformando y ridiculizando en imagen a las personas sagradas. De haber notado algo de eso, seguramente que la reacción del pueblo español hubiera sido unánime, enérgica y clamorosa.

Hoy, sin embargo, al indicar en algunas tiendas de objetos religiosos mi extrañeza por tales irreverencias, respondieron que ese era el gusto del público. ¡Es lo que se vende! Creo exagerada esta apreciación.

Si los sectarios, impíos y ateos se

pusieran a fabricar imágenes de nacimiento para ridiculizar nuestros motivos navideños, así las tallarían.

Allá por el año 1950, algunas entidades católicas norteamericanas promovieron una campaña para hacer cristianas las Navidades, que iban perdiendo su sentido y contenido religioso: cena de nochebuena, árbol de Navidad, fiestas de Navi-

dad, regalos de Navidad, tarjetas de Navidad, felicitaciones de Navidad, candelas de Navidad... Y por ninguna parte aparecía el Niño de Navidad. "*Place Christ into Christmas*" era la consigna de aquella campaña.

Al paso que vamos, pronto será también necesaria entre nosotros. Pocos asisten ya a la tradicional Misa del gallo. No les atrae ese día

el banquete eucarístico. Y la caricatura que nos presentan del Niño Jesús, a quien vienen a despojarlo de sus prerrogativas divinas, para presentarlo en actitudes antipáticas y repelentes, indican también un descenso en la piedad de los fieles y en el sentido religioso de estas fiestas cristianas.

V. FELIU

LA FILOSOFIA DE "ELS PASTORETS"

Siempre se aprende algo, y esta vez nuestra escuela ha sido la de una de estas representaciones que aun, por fortuna quedan, de "Los Pastorcillos de Belén", con todo su sabor catalán desde lo más viejo dieciochesco — ¡manes del "Rector de Vallfogona"! —, hasta las inefables escenas montadas por aquel gran educador que fue nuestro Folch y Torres.

Ya se dirigen, gozosos, nuestros pastorcillos a Belén — Rovelló, Belluguet, y demás compañeros — cuando Rovelló, al hallarse solo en un atajo, se encuentra con un personaje — medio viandante, medio ermitaño, quizá hasta medio fraile — cuyo empaque y cuya presencia no pueden menos que imponerle, tanto más cuanto que éste, adoptando un tono paternal y hasta en apariencia campechano, trata de convencerle de que no hay para tanto, ni motivo siquiera de adorar al Niño Jesús en su Pesebre, apoyando sus razones con la oferta de una bolsa de oro, verdadero tesoro para el pobre zagal.

Siéntase éste sobre una piedra, ante el proscenio, y, adoptando un donoso estilo, se dirige al propio público infantil que llena la sala, y les pide consejo: "¿Qué os parece que haga?" "¿Sembra un bon xicot!" ("¿Parece un buen chico!"). "¿Y si siguiese su consejo?"

Pero el público no se deja engañar. Ha visto, en el acto anterior cómo Lucifer, abandonando el pincho, ha disimulado sus cuernos y su rabo, y se ha disfrazado de viandante para ver de tentar al buen pastor.

Y toda la chiquillería grita: "¡No et deixis ensarronar!" ("¡No te dejes engañar!"). "¡No! ¡No!" "¿Que no veus que és el dimoni?" ("¿Es que no ves que es el demonio?").

"¡Però si sembla un bon xicot!", repite el pobre Rovelló. "¡Que no!" "¡Que no!", chillan y bullen los críos. Hasta que, advertido el zagal, con la ayuda de

sus compañeros, apalean a Lucifer, con grande alegría de todo el público infantil que celebra su victoria.

* * *

¿Somos los hombres de hoy, aquellos niños da ayer?

Tal es lo primero que se nos ocurre, al acompañar a nuestros hijos o nietos a ver aquella ingenua escena, tan ingenua como profunda y significativa.

"Ex ore infantium et lactentium..."

Lo que no logra engañar a los niños, logra, sin embargo — siempre ha sido así, mas ahora mucho más que nunca —, hacerlo con los mayores.

Los niños han visto los cuernos y el rabo del Diablo, y ya no se dejarán engañar. Tienen memoria, como los gatos.

Los mayores también hemos tenido ocasión, en nuestra ya larga vida, de ver, comprobar y estudiar aquellos cuernos y aquel rabo, y aun sentir en nuestras carnes la caricia de su pincho. Y lo peor es que aún guardamos cicatrices.

Pero el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Y a quien el demonio engaña, y no sólo dos, sino mil veces.

Como Rovelló nos hallamos ante el personaje, a menudo solemne, protector, incluso paternal; en ocasiones hasta vestido medio fraile, medio ermitaño, como le aconteció a Fray Garín, en la leyenda verdagueriana. Y olvidamos que, también en mil ocasiones anteriores, le hemos visto el rabo y los cuernos, y hemos sentido las caricias de su pincho.

Hombres de poca fe, pero, aun si sabe, de menos memoria: ¿quién cree ya de nosotros en el demonio, si éste de nuevo sabe disimular, y mejor que nunca, el rabo?

L. C. V.

La Iglesia es necesaria para la felicidad del mundo

Sí, es preciso reconocerlo, Dios podría permitir que, en castigo de las ingratitudes con que los pueblos cristianos han pagado los beneficios de la Iglesia, fuesen entregados cada vez más al vértigo que les arrastra al abismo desde hace cuatro siglos; que imitasen, en lo tocante a la sociedad divina, la ceguera del pueblo deicida respecto del Hombre-Dios; que prefiriesen dejarse degradar por un horroroso materialismo y desgarrar vivos por la anarquía, antes que pedir a la Iglesia la dignidad, la unión y la felicidad. Podría suceder que la revolución reportase el triunfo en que

sueña, que acabase por romper todos los lazos sociales y triturar los pueblos bajo el martillo que ha causado ya tantas ruinas. Esto sería el infierno en la tierra; mas de este infierno, como del que arde bajo nuestros pies, volvería a brillar para los siglos venideros y para toda la eternidad, la más completa demostración que se pueda imaginar de lo necesaria que es la Iglesia para la felicidad del mundo.

ENRIQUE RAMIÈRE
"Las Esperanzas de la Iglesia"

Es todo un mundo que hay que rehacer desde sus cimientos

Escuchad hoy de los labios de vuestro Padre y Pastor un grito de alerta; de Nos, que no podemos quedar mudo e inerte ante un mundo que camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos.

...es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios.

Pío XII, a los fieles de Roma, febrero 1952

S U M A R I O

Nadala, por Joan d'Ordal.

Una esperanza verdadera, Mensaje navideño de S.S. Paulo VI.

¿Apoteosis o ruina de la Iglesia?, por Francisco de Gomis Casas.

Alerta a los navegantes. La tragedia de la democracia cristiana. Los partidos políticos y la democracia cristiana en Chile. La democracia cristiana en el poder. Allende es un hombre honorable. El porvenir de los procesos aperturistas, por José M.^a Mundet Gifre.

Enseñanzas de Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, sobre Satán, el Adversario, por Roberto Cayuela, S. I.

Acte de fe sacerdotal en les meves noces d'or, por Bartomeu Guasp Gelabert.

El culto a Dios ¿también desfasado?, por Fray Antonio de Lugo, O.S.H.

Al medio siglo — 1917 en la teología de la historia — XXIV. La guerra balcánica: preludio de la primera Gran Guerra, por Luis Creus Vidal.

¡Más respeto al Niño Jesús!, por V. Feliu, S. I.

La filosofía de "Els pastorets", por L. C. V.